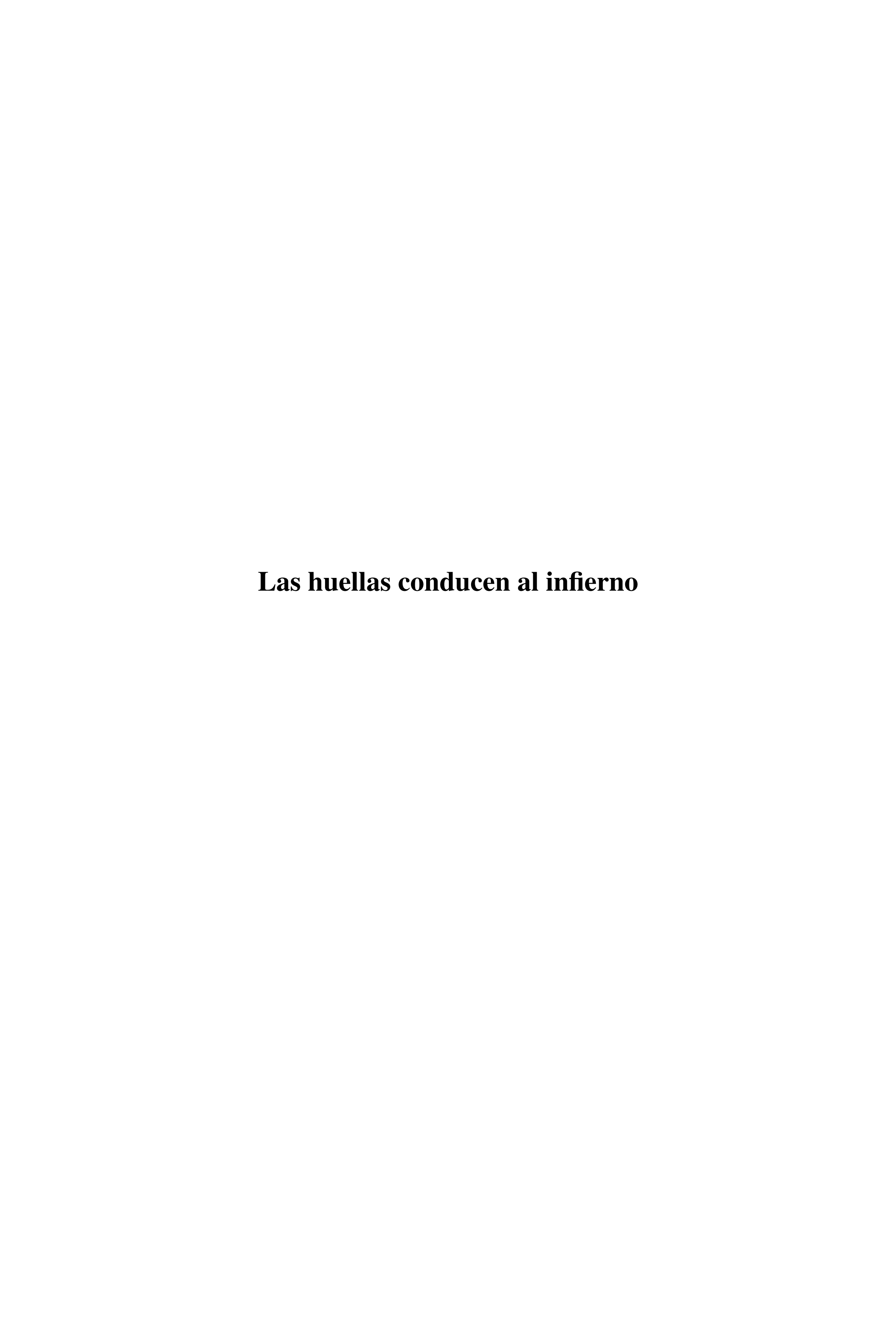

LAS HUELLAS CONDUCEN...
al INFIERNO
VAN. S. SMITH
Colección
LUCHADORES
DEL ESPACIO



Las huellas conducen al infierno


VAN. S. SMITH
LAS HUELLAS CONDUCEN
AL INFIERNO
EDITORIAL VALENCIANA
CALIXTO III, 23 VALENCIA
Colección
LUCHADORES
DEL ESPACIO

PRINTED IN SPAIN
Depósito Legal V. 212 — 1960
EDITORIAL VALENCIANA–VALENCIA
Nº de Registro: 426. — 1960



CAPITULO PRIMERO

Al entrar en su apartamento, Peter Maury liberó sus cansados pies de la opresión de los zapatos, y cambiando éstos por las felpudas zapatillas se envolvió en el batín. A continuación procedió a la delicada operación de dosificar debidamente una porción de «whisky» con un poco de ginebra y el burbujeante soda de un sifón Probó luego la mixtura, y encontrándola de su agrado encendió un cigarrillo.

Dejó el vaso sobre la mesilla, encendió la lámpara de pie y apagó la del salón. Se echó en la cama y se puso a fumar arrojando lentas y regulares volutas de humo hacia el techo. En la mesilla, junto al casi intacto vaso de «whisky», el menudo despertador de viaje hacía avanzar lenta e imperceptiblemente sus manecillas.

Eran las diez y cuarenta minutos de la noche del sábado.

Noche de sábado en Nueva York. Hasta Maury llegaba atenuado el rumor del tráfico de la Segunda Avenida. Allá abajo, los coches de los residentes del barrio de Queens se tocaban unos con otros, formando larga fila ante la entrada del Queensboro Bridge. de regreso de los teatros y cinematógrafos de la rutilante Broadway, encendida de luces v anuncios luminosos.

El otoño se había presentado de improviso con fuertes y finos vientos huracanados. Los neoyorquinos, terminadas sus vacaciones, de regreso de las residencias veraniegas de Long Island y las orillas del Hudson se reintegraban con nuevos bríos a la vida ciudadana. Los teatros se abrían presentando nuevas revistas. Se anunciaban estrenos de películas. Se inauguraban restaurantes. La vida artística y social de la gran urbe, reanudaba sus actividades, suspendidas o aletargadas durante el verano. En la calle se encontraban viejas amistades...

La vida, pensaba Maury, era igual en todas partes. La criatura humana era una bestiezuela caprichosa siempre en busca de novedades. Se

desbandaba apenas llegaba la primavera en busca de las todavía frías olas de las playas, escapaba al campo huyendo de las aglomeraciones y el maloliente asfalto de la ciudad. Y apenas se anunciaba el otoño regresaba nostálgica a las apreturas de los sombríos apartamentos, a las prisas, las incomodidades y ios amontonamientos en teatros, ascensores y restaurantes...

El hombre, como el ganado, buscaba por instinto el calor y la compañía de sus semejantes. Su vida era una lucha constante contra su íntima y jamás aplacada sensación de soledad, y la soledad del hombre parecía ser mayor cuanto mayor era la aglomeración de la que él mismo formaba parte. El neoyorquino—solia decirse— era el ente más solitario del planeta.

Y entre aquellos millones de neoyorquinos afanados en su lucha contra su deplorable sensación de soledad, Peter Maury era un solitario más.

Peter se sentía solo y triste esta noche. Se sentía pesimista también. Cansado, hambriento y defraudado.

Alto, rubio, de facciones varonilmente correctas y agrisadas pupilas, con 33 años sobre sus amplias espadas, Peter Maury acababa de entrar en aquella etapa de la vida en que el hombre empieza a sentirse viejo sin haber dejado de ser joven.

A esta edad, el hombre despierta a la realidad de que ha vivido ya la mitad de su vida. Y acaso contemplando la esterilidad del tiempo transcurrido, mira con escepticismo el camino no tan largo que todavía le falta por recorrer.

Algo de esto le ocurría a Maury aquel día. Su carrera, sus escasos amigos y el afecto de sus lejanos familiares, no bastaban ya para llenar en él aquel vacío que todo hombre empieza a descubrir en sí mismo cuando entra en uso de razón. Maury había dado aquella tarde el paso definitivo que casi todo varón da al menos una vez en su vida. Había intentado cambiar de estado, tomar esposa y fundar un hogar.

El intento había resultado fallido.

—Tal vez ella no me conviniera después de todo —trataba de consolarse Peter mirando al techo. Pero esto se parecía un poco a la fábula de la zorra y las uvas. El no había pedido permiso a las conveniencias para enamorarse. Se enamoró y había sido rechazado. He aquí por qué le escocía tanto el desengaño.

Noche de sábado en Nueva York. Peter conocía el ambiente. La ciudad le había parecido maravillosa cuando vino aquí desde su árida, inmensa y en parte selvática Texas. Ahora que conocía la ciudad en sus repugnantes intimidades echaba de menos la claridad meridional de su nativa aldea. La gente —pensaba Maury—era más sincera y cordial en el campo. Los hombres (y las mujeres) no iban allá tras el centelleo de falsos espejuelos.

En cambio aquí...

El teléfono repiqueteó en este instante interrumpiendo las un poco amargas reflexiones de Maury. Tomó el aparato suspirando.

—¿Quién?

—¿Es usted, Maury? —la voz del capitán Roberts gangueó en el auricular telefónico. Parecía irritado—. ¡Maury!

—Diga, capitán. Soy Peter Maury, en efecto, ¿Qué...?

—Coja su automóvil, Maury. Y preséntese en Rockaway Beach lo más pronto que pueda.

—¿Ha dicho...?—empezó Maury. Pero se interrumpió pasando al pensamiento siguiente—: ¿Por qué? ¿Qué ocurre?

—Algo demasiado grave para podérselo decir por teléfono, Maury. Vaya allá, esto es todo. Nos encontraremos allí.

El aparato fue colgado bruscamente al extremo opuesto de la línea y Maury quedó como quien ve visiones con el teléfono en la mano.

Su primer pensamiento, naturalmente, fue para Jane Heinze. ¿Le habría ocurrido algo? Pero tal sospecha era fútil. Roberts no le hubiera citado con tanta premura en Rockaway Beach si alguna cosa hubiese sucedido a la chica. Al fin y al cabo, no era de la seguridad personal de Jane de quien se ocupaba el F. B. I. ¿Entonces...?

Peter dejó maquinalmente el teléfono sobre la horquilla. Y apenas lo había hecho cuando el timbre volvió a sonar. Era el capitán Branson Roberts, de nuevo.

—¿Maury ?

—Sí.

—He pensado que su coche no lleva sirena. Habrá mucho tráfico tratándose de la noche del sábado. Espéreme a la puerta de su casa. No tardaré más de cinco minutos.

—Muy bien.

Maury se incorporó mandando lejos las zapatillas. Cruzó descalzo la habitación e introdujo los pies en los zapatos. Se quitó el batín y volvió a ponerse la americana. Al pasar junto a la percha recogió su sombrero y su gabardina. Ya con la mano sobre el tirador de la puerta volvió atrás para abrir un cajón y tomar un revólver «Paravellum» que introdujo en su cinturón.

Luego se abrochó la americana y salió.

No había dado apenas media docena de chupadas a su cigarrillo cuando se escuchó el ulular de una sirena. Por encima de los techos de los automóviles que marchaban ordenadamente hacia Queensboro Bridge alcanzó a ver las luces rojas intermitentes del techo de un coche de la

policía.

El auto arrimó al bordillo deteniéndose con seco chirrido de frenos. La portezuela se abrió y la voz de Roberts dijo:

—Suba.

La brusca arrancada del coche encajó a Maury entre el capitán Roberts y el brazo del sillón. Había otros dos hombres en el coche, aparte de Roberts y el conductor. Uno era el sargento Arístides Mac Dowell. Saludó volviendo la cabeza:

—Hola, Maury.

—¿Conoce al capitán Bunner?—dijo Roberts señalando al hombre que ocupaba el otro extremo del asiento.

Maury conocía al oficial del departamento de Investigación Criminal. La presencia de J. C. Bunner entre el personal del F. B. I. le alarmó.

—Hola, capitán—saludó. Y clavó sus agrisadas pupilas en el moreno y grave rostro de Roberts—: ¿Qué ocurre?

—Todavía no lo sé exactamente, Maury. Un policía del distrito de Queens acertó a pasar por el camino, delante de la quinta de Heinze, y encontró muerto en la carretera al inspector Holland—Peter lanzó una ahogada exclamación de sorpresa. Roberts continuó—: Se llegó a la casa y encontró muerto al inspector Lawrie.

—iDios Todopoderoso!—exclamó Maury—. ¿Y el profesor Heinze?

—Ha desaparecido.

—¿Y la seporita Heinze?

—Ha desaparecido también. El agente recorrió la casa sin encontrar a nadie. Advirtió señales de haberse sostenido allí una violenta lucha. Eso es todo.

Peter Maury, aplastado por el estupor, guardó silencio. El auto policial, abriéndose paso con el estridente alarido de su sirena, llegó a la calle 57 y dobló bruscamente buscando la rampa de entrada al puente Queensboro.

—Si se trata de un secuestro, como todo parece indicar—dijo el capitán Roberts—hemos de evitar toda publcidad innecesaria. Por eso he traído conmigo al capitán Bunner.

Petor se preguntó cuál sería el paradero de Jean Heinze en aquellos momentos. La idea de que alguien hubiera secuestrado a un científico de la categoría de August Heinze para llevarlo a Rusia o a cualquier otro país situado tras el telón de acero, era más propia de una novela de espionaje que de la realidad.

Y sin embargo, esto parecía ser lo que había ocurrido.

—¿Cree usted que intentarán sacar a Heinze del país?—preguntó en voz alta.

—No. No creo—Roberts sacudió enérgicamente la cabeza—. Sería demasiado arriesgado.

Verdaderamente, si lo único que pretendían los secuestradores era sonsacar bajo coacción al sabio alemán, lo más probable sería que llevasen a éste a algún lugar apartado donde, bajo amenaza de causarle algún daño a la muchacha, obligasen al angustiado padre a decir cuanto sabía acerca de los últimos adelantos logrados por los Estados Unidos en materia de proyectiles dirigidos de alcance intercontinental.

El hecho de que hubiesen raptado a la muchacha también era bastante significativo.

—De todas formas—continuó Roberts después de pensativa pausa—he dado orden de vigilar todos los puertos v aeródromos de la costa atlántica. Si antes de tres horas no hemos averiguado algo concluyente, habrá que ir pensando en vigilar otros puertos y aeródromos más lejanos.

Los hombres se encerraron en largo y sombrío silencio. El coche acababa de saltar el puente y desembocaba en el boulevard Queens haciendo aullar su sirena. El trayecto hasta Rockaway Beach era largo y Peter pensó con envidia en el helicóptero de Henry Temperton.

A veces y en determinadas ocasiones, cualquier persona particular estaba mejor dotada que la policía para realizar ciertas misiones.

Luego, Peter reflexionó con amargura sobre los extraños e inesperados giros del destino. Si Jean Heinze no hubiese cancelado a última hora su compromiso con él. Los dos estarían ahora bailando en cualquier club nocturno de Manhattan, y el secuestro del profesor sería una sorpresa que les aguardaría cuando Peter regresase a Rockaway Beach acompañando a Jean Heinze...

Los ocupantes del coche hablaron poco durante el largo trayecto hasta el extremo inferior de la bahía de Jamaica. A la izquierda quedaron las balizas de la base aérea Bennett de la Marina. El auto cruzó un largo puente y Branson Roberts ordenó:

—Paren esa sirena. Ya estamos cerca.

El conductor apagó también la luz roja del techo y el auto se deslizó silenciosamente por una carretera flanqueada de fincas de recreo y hoteles hasta una bifurcación en la que encontraron un policía junto a su motocicleta.

El motorista alumbró dentro del automóvil con una linterna, reconoció a J. C. Bunner y dijo:

—Adelante.

El coche rodó otro trecho por un camino particular hasta las verjas de una antigua casa de ladrillo. Dos autos de la policía metropolitana estaban detenidos a un lado. La noche era fresca, aunque clara. Algunos agentes

uniformados se movían por entre las dunas y el terreno pantanoso, alumbrándose con linternas.

Junto al camino, cubierto por una mata, yacía el cadáver del inspector Holland. Un sargento uniformado salió al encuentro del grupo.

—¿Alguna novedad, sargento?—interrogó Bunner.

—Hemos capturado a un individuo que suponemos sea uno de los que asaltaron la casa. No hace diez minutos que lo encontramos cerca de la playa, desvanecido y con un balazo en la cadera.

Esto era mucho más de lo que los agentes del F. B. I. esperaban. En lo que hace a Peter, éste pensé con alivio que el caso se aclaraba rápidamente.

—Ha perdido mucha sangre—dijo el sargento—. Hemos tratado de contenerle la hemorragia mientras llega la ambulancia.

El sargento condujo al grupo hasta uno de los coches; Dentro echado en el asiento posterior, hallaron un hombre con las manos esposadas, el cual estaba siendo atendido por una herida de bala en la cadera, por un agente uniformado. Otro alumbraba con una linterna.

—Veámosle la cara—dijo Roberts.

El policía alumbró el rostro del herido. Este tenía los ojos cerrados, pero respiraba con regularidad.

—Un meridional—observó J. C. Bunner—: Tal vez mejicano o portorriqueño. ¿Estaba armado?

—Con esta pieza de artillería—dijo el sargento entregando a Bunner una automática de grueso calibre envuelta en un pañuelo.

Roberts examinó también el arma a la luz de una linterna sin tocarla. Escucharon entonces el alarido de una sirena.

—Será la ambulancia—dijo el sargento.

—Lleven a ese hombre al Hospital, pero no le pierdan un segundo de vista. Usted. MacDowell. Vaya con él—el sargento del F. B. I. asintió y Roberts dijo a Peter y a Bunner—: Echemos un vistazo a la casa.

Los tres hombres transpusieron la puerta de la verja que estaba abierta y avanzaron por un sendero de hormigón hasta la casa. Las luces estaban todas encendidas y en ella encontraron a dos detectives de paisano que iban de un lado a otro examinándolo todo. El vestíbulo, que era al mismo tiempo sala de estar, aparecía con los muebles en desorden como si se hubiera librado allí una breve, aunque violenta lucha.

En el suelo, al lado de un sofá y de una mesita volcada, yacía el cadáver del inspector Lawrie con la yugular seccionada por una espantosa cuchillada. Peter, que había tratado a Holland y Lawrie por espacio de un par de meses, se estremeció involuntariamente.

—¿Algo nuevo?—preguntó Bunner a los detectives, mientras Peter y

Roberts se inclinaban silenciosamente sobre el muerto.

—No hemos tocado nada. Todo está igual que como lo encontramos.

Roberts y Maury fueron a asomarse a la espaciosa biblioteca, la cual era utilizada por August Heinze como gabinete de trabajo. Sobre la larga mesa de caoba descansaban formando grupo varias maquetas de proyectiles cohete norteamericanos, algunos de los cuales habían servido para poner en órbita varios de los satélites artificiales que todavía estaban girando alrededor de la Tierra. Contra uno de los testeros se veía un gran encerado cubierto de apretadas fórmulas matemáticas. Los signos, según Peter reconoció, habían sido trazados por la mano de Jean Heinze.

Jean, en efecto, empezaba a despuntar como una notabilidad en física nuclear. «Sabe tanto como yo», aseguraba el profesor Heinze riendo. Añadiendo después: «Y pronto sabrá todo lo que yo sé, mas lo que ella descubra por sí misma.»

De origen judío, Heinze había tenido que salir de Alemania con su familia escapando a la persecución de Hitler. En 1936 llegó a los Estados Unidos con su joven esposa y su hijita de dos años; Jean. Encontró empleo como auxiliar de Física en cierta famosa Universidad, empezando a destacar a partir de aquí como uno de los científicos que en 1945 pusieron la bomba atómica en manos de los Estados Unidos.

Por su calidad científica y por los altos secretos de que era poseedor, August Heinze era uno de los contados sabios que merecieron el enojoso honor de ser estrechamente vigilados por el F. B. I.

Nadie ponía en duda la integridad de Henzie. Pero en cuestión de secretos y después de la resonante traición de Fuch, la Comisión de Energía Atómica ya no se fiaba de nadie. Además, cabía dentro de un escaso margen de posibilidades que alguien intentara secuestrar a Heinze. Y esto era precisamente lo que al parecer acababa de ocurrir.

—La caja de caudales está abierta—hizo notar uno de los detectives que habían entrado detrás de Roberts.

Así era. La caja acorazada empotrada en el muro y oculta por los libros de uno de los estantes, estaba abierta. Los libros que la enmascaraban habían sido sacados de su sitio. Se veían algunos papeles esparcidos por el suelo.

—Las habitaciones de Heinze y la chica están arriba ¿no es eso? —preguntó Roberts.

—Sí.

El capitán salió de la biblioteca y cruzó el vestíbulo tomando escaleras arriba seguido de Peter.

Reinaba cierto desorden en la habitación del profesor. Los cajones de la cómoda estaban abiertos, revuelto su contenido tal como quedaría después

de haber sacado apresuradamente algunas prendas para hacer una maleta.

La habitación contigua, perteneciente a Jean Heinze, presentaba por contra un aspecto aseado.

—¿Qué le dice a usted esto, Maury?—preguntó Roberts.

Peter no llegó a contestar. En este momento escucharon voces que hablaban fuerte en el vestíbulo y rumor de pasos en la escalera. El capitán salió al corredor seguido de Peter, encontrándose ante la seporita Jean Heinze, pálida, llorosa, dejando ver bajo su abrigo entreabierto un elegante y descotado vestido de noche.

—¿Qué ha ocurrido? ¿Dónde está papá?—exclamó la muchacha, encarándose principalmente con Peter.

La sorpresa y la inefable sensación de alivio que sintió Maury al verla le dejaron momentáneamente sin habla. Fue Roberts quien contestó por él:

—Parece ser que han secuestrado a su padre, seporita Heinze. Y no sabe cuánto me alegra que no la hayan llevado, a usted también. ¿Dónde estaba?

—Había salido—repuso la chica compungidamente. Y de pronto se cubrió el rostro con las manos y rompió a llorar.

Un nuevo personaje apareció viniendo por la escalera. Se trataba de un hombre de unos 30 a 40 años, alto, de buen porte, de ojos penetrantes y oscuros y cabellos negros con algunas canas en las sienes. "Vestía traje de etiqueta. En la mano llevaba la chistera.

_¿Y usted quién es?—pregunto Roberts.

Me llamo Henry Temperton—repuso el personaje empleando fuerte acento extranjero—. Soy vecino de la seporita Heinze y un buen amigo de ella. ¿Qué ha ocurrido aquí? Acabamos de regresar del teatro y nos encontramos con la casa ocupada por la policía. ¿Es cierto que ha desaparecido míster Heinze?—Temperton clavó sus penetrantes pupilas en Peter y saludó—: Hola, sepor Maury.

Peter se limitó a fruncir con fuerza sus labios, en tanto que su rostro se coloreaba. Con el egoísmo propio de los enamorados, sus temores habíanse aplacado instantáneamente al comprobar que Jean no había corrido la misma suerte que el profesor Heinze.

Y ahora, Peter ni se acordaba ya del rapto del profesor, solo pensaba que él había invitado a la muchacha a salir en su compañía aquella noche. Que ella rechazó su invitación. Y que después de rechazarle salió con Henry Temperton. Peter experimentó la misma violenta reacción que si hubiera sido abofeteado por ella delante de aquellos hombres.

Brandon Roberts estaba relatando a la chica lo poco que del caso sabía y terminó diciendo:

—Por fortuna hemos capturado un hombre herido que creemos está complicado en el secuestro del profesor. Esperamos que recobre el sentido en cuanto se le haga una transfusión de sangre. Y entonces, probablemente, sabremos dónde ha sido llevado su padre.

Miss Jean Heinze asintió, evidentemente aliviada. Henry Temperton dijo:

—Naturalmente, no puede usted quedarse en la casa con todos estos hombres y estos muertos por aquí. Mi casa se sentirá muy honrada de tenerle por huésped por esta noche o hasta que su padre sea rescatado.

Ella miró a Peter, el cual le devolvió una fría e inexpresiva mirada. Entonces se volvió hacia Roberts.

—Creo que es lo mejor que puede usted hacer, miss Heinze—dijo el capitán.

Bajaron juntos la escalera. AI llegar al vestíbulo Temperton tomó a Jean por el brazo.

—Buenas noches, caballeros. Espero nos comuniquen pronto que ha sido encontrado el profesor. ¿Vamos, Jean?

Las agrisadas pupilas de Peter centelleaban todavía rencorosas cuando la pareja ya había desaparecido por la puerta.

—¿Quién es ese Henry Temperton?—preguntó Roberts distraídamente.

—Posee una lujosa quinta cerca de aquí, junto a la bahía. Es o pasa por ser un millonario sudafricano. No cabe duda que tiene dinero. Además de la quinta, con cancha de tenis y piscina. Es dueño de un yate, de un par de canoas, automóviles y un hidroavión con el que constantemente realiza viajes de negocios.

—Un buen partido para la seporita Heinze, en fin—dijo Roberts con terrible inoportunidad. Y sin advertir el efecto que sus palabras habían causado en e! teniente añadió volviendo a lo que le preocupaba sobre todas las cosas—: Parece que no queda mucho por ver aquí. Vamos a ver si nuestro prisionero se encuentra ya en condiciones de contestar a un interrogatorio.

Cinco minutos más tarde, Peter Maury se – encontraba de nuevo junto al capitán Roberts en el asiento posterior del coche policial viajando a gran velocidad por la carretera.

CAPITULO II

Los médicos y las enfermeras, estaban haciendo al herido una transfusión de sangre cuando el teniente Maury y el capitán Roberts llegaron al Queens General Hospital, En un rincón de la habitación, el sargento MacDowell registraba las ropas del detenido.

—¿Algo de particular, sargento?—pregunto Branson.

Arístides sacudió su grande y pesada cabezoota.

—Nada en los bolsillos. Ni un documento, ni una carta, ni un papel, ni siquiera un mal pañuelo. Pero vea aquí esta etiqueta.

MacDowell volvió del revés la americana, mostrando una de esas etiquetas que los sastres suelen coser al forro de las prendas por ellos confeccionadas. En realidad, las etiquetas eran dos. Una mostraba tres iniciales: «J. B. M.» En la otra podía leerse:

«Giménez. Girasol, 20. Antofagasta.»

—Esto parece escrito en español—murmuró Roberts—. ¿No es Antofagasta una ciudad de Chile?

—Sí—repuso Maury.

Branson Roberts sacó del bolsillo de su gabardina una pesada pistola envuelta en un pañuelo. Era la misma pistola que la policía había requisado al hombre herido. Roberts la examinó detenidamente. Se trataba de un arma bastante antigua y que denotaba un largo uso. El capitán, después de aproximarla mucho a sus ojos, la entregó a Maury diciendo:

—Vea si usted puede leer el número y la marca de origen, Maury. Mi vista ya no es buena.

No sin alguna dificultad, Maury pudo descifrar el número de serie. Era un 186010. A continuación leyó en voz alta.

—«Fabricada en Chile con licencia Browing».

—¿Cómo?—exclamó Roberts sorprendido.

—Fabricada en Chile con licencia Browing —repitió Maury. Miró la prenda que el sargento tenía aún entre manos—. La procedencia del arma coincide con la etiqueta de esa americana. Eso al menos parece bastante claro.

—Demasiado tal vez—dijo Branson pensativamente—. Demasiado.

—¿Cree que los tipos que secuestraron al profesor fueron enviados por el gobierno de Chile?—preguntó el sargento MacDowell.

—A menos—repuso Maury—que alguien esté interesado en desviar nuestras sospechas hacia ese país.

—Chile es el único país sudamericano de tradición auténticamente militar ¿no es cierto? —apuntó MacDowell—. Pudiera ser que estuvieran interesados en descubrir los medios de fabricar la bomba atómica.

—Parece bastante absurdo—dijo Roberts—. Pero creo que debemos poner el hecho en conocimiento del jefe superior. El caso pudiera tener complicaciones de carácter internacional.

—¿Por qué no esperamos a que el detenido pueda hablar?—insinuó Maury, para quien era absurdo sospechar que un pequeño y tranquilo país de Sudamérica hubiera enviado agentes especiales a los Estados Unidos con la misión específica de secuestrar a un sabio atómico.

—Bien—dijo el capitán—. Esperaremos un poco.

Los tres hombres del F. B. I. se acercaron a la cama donde las enfermeras acababan de terminar la operación.

—Excepto por la abundante pérdida de sangre la herida carece de gravedad—dijo el doctor señalando al yacente.

Ahora que lo veía bajo la brillante luz de neón, a Peter Maury no le pareció que el hombre tuviera ningún grado de parentesco con los mestizos mejicanos. Si había sangre de indio en aquel individuo, tal como el color de su tez y sus rasgos faciales hacían presumir, el grupo étnico a que pertenecía debía encontrarse muy al sur de la frontera de Méjico,

Ei herido, todavía en estado semiinconsciente, movió los labios y murmuró algunas palabras ininteligibles.

—Se está recuperando ahora—dijo el doctor tomando el pulso del herido—. Pero es probable que no esté en condiciones de contestar a un interrogatorio hasta dentro de cuatro o cinco horas.

Branson consultó su reloj de pulsera.

—Tengo algunas cosas que hacer—dijo a Maury-. Usted habla bastante bien el español ¿no es así?

—Sí, capitán.

—Bueno. Voy a dejarle aquí por si el hombre recobra el conocimiento. Si es mejicano o chileno, usted le entenderá. Yo tengo unas cuantas cosas que hacer. MacDowell vendrá conmigo y

regresará en seguida con un grabador de cinta magnetofónica. Estaré de vuelta hacia las seis.

Peter no tuvo nada que objetar. Pero cuando Branson y MacDowell se marcharon y regresó junto al herido, Peter había dejado de creer que el caso estuviera a punto de resolverse. Si el hombre era realmente chileno, el asunto podía traer más cola que un cometa. Y una especie de presentimiento decía a Peter que iba a dolerle mucho la cabeza antes que el caso Heinze quedara resuelto... si es que llegaba a aclararse alguna vez.

MacDowell no tardó apenas una hora en volver cargado con un aparato de grabación magnetofónica y un inspector del F. B. I. llamado Speer. Mientras Speer y MacDowell disponían el aparato, el doctor volvió a tomar el pulso del herido y anunció:

—Ahora ha pasado de su desvanecimiento al sueño.

—¿Por qué no le despertamos?—gruñó MacDowell—. Tal vez mientras le dejamos dormir estén sonsacando al profesor valiéndose de Dios sabe qué tormentos o drogas hipnóticas.

Pero Maury no creía que los secuestradores empezaran el interrogatorio del profesor Heinze antes de tener a éste en lugar seguro, y aquel lugar podía estar a centenares de millas de Nueva York. Por lo tanto estuvo de acuerdo con el doctor en que el herido estaría en mejores condiciones de soportar un interrogatorio si antes disfrutaba de un sueño reparador.

A las tres de la madrugada el sueño del herido se convirtió al parecer en inquieta pesadilla, de la que despertó sobresaltadamente mirando en torno. Cuando al parecer hubo hecho su composición de lugar, pegó un brinco tratando de incorporarse. Su herida y !a ruda mano del sargento MacDowell le impidieron levantarse.

El hombre miró a MacDowell, luego levantó sus manos esposadas y lanzó un gemido.

—Pongan en marcha el magnetófono—dijo Peter tomando el micrófono. Y dijo en español—: Hola, amigo. ¿Cómo se encuentra?

El hombre volvió hacia Peter sus ojos asustados.

—Le hemos hecho una transfusión de sangre y se encuentra usted en vías de completa recuperación. Soy el teniente Maury del F. B. I. ¿Podrá contestar a mis preguntas?

El herido quedó mirándole fijamente sin contestar. Peter arrugó el ceño.

—Escucha esto, amigo—dijo pasando bruscamente al tuteo. Y prosiguió en español—: No es muy desahogada la posición en que te encuentras. Tú o tus amigos habéis matado a dos agentes del F. B. I.

¿Sabes lo que te espera? La silla eléctrica. ¿Lo entiendes? ¡ La silla ELECTRICA! Puede que mejorara tu suerte si nos dijeras dónde habéis llevado al profesor Heinze.

El rostro del hombre, si expresó algo, fue miedo y acaso una remota chispa de curiosidad.

—Teniente—observó MacDowell—. ¿Está seguro de que este tipo le entiende?

Peter quedó mirando pensativamente al herido. Repentinamente tomó un bloc y un lápiz y dibujó un monigote que luego colgó por el cuello de una horca. Presentó el dibujo al prisionero diciendo:

—Esto si lo entenderás, amigo. Tu...—señaló al hombre con el pulgar. Luego al dibujo. Después a su propio cuello rodeándolo con una soga imaginaria, y tiró del también imaginario cáñamo ladeando la cabeza—: Ahorcado. Así., jagh...! Por el cuello.

El prisionero, entonces, sí comprendió. En sus ojos, negros como cuentas y brillantes por la fiebre, brilló una luz de temor. Y entonces habló... solo que ni Maury ni ninguno de los presentes entendió una palabra.

—¿Qué demonios está diciendo?—exclamó **el** sargento MacDowell.

—No lo sé. Mac—dijo Maury clavando en el hombre una mirada de desconfianza.

—¿Querrá tomamos el pelo fingiendo que no sabe hablar inglés?

Maury se volvió hacia el médico que seguía la escena desde los pies del lecho.

—¿Tienen ustedes a mano un cardiógrafo, doctor ?

—Sí—dijo el médico comprendiendo—. Lo haré traer en seguida.

Peter encendió un cigarrillo.

* * *

El teléfono repiqueteó sobre la mesilla y el propio Peter lo tomó de la horquilla. Era el capitán Roberts.

—Maury ?

—Sí.

—¿Qué hay con ese condenado herido? ¿Ha vuelto en sí? ¿Le ha interrogado ya?

—Sí. Le hemos interrogado.

—Bueno, ¿y qué decía?

—No hemos podido saberlo. No habla inglés, ni español, ni francés, ni alemán. Estamos desorientados, capitán.

—¿Desconcertados?—el grito de Roberts era casi un rugido de león—. ¿Qué mil diablos quiere decir? ¡Vamos! ¿Qué quiere decir?

—Hemos aplicado al hombre un cardiógrafo... ya sabe; eso que nosotros utilizamos como «detector de mentiras». Bien, pues, atienda. El hombre ha permanecido impasible a todas las amenazas que le hemos dirigido en inglés, español y francés. Speer, que habla algo de alemán, le atacó también en este idioma sin resultado. No obstante, al enseñarle un dibujo en el que figura un ahorcado, el hombre acusa un sobresalto visible aun sin ayuda del cardiógrafo, ¿Comprende lo que quiero decir?

—Quiere decir que la palabra «ahorcado» en inglés, en español y en ninguno de los idiomas que han probado, no afecta a nuestro prisionero ¿no es eso? Y en cambio se asusta cuando ve la representación gráfica de esta palabra...

—Sí, eso es.

Roberts permaneció unos minutos silenciosos al otro extremo de la línea. Luego farfulló:

—Si ese hombre habla un idioma, alguien tiene que hablar esa lengua también. Y si es una lengua de este mundo, aquí en Nueva York tiene que haber un hombre que lo entienda—Roberts hizo una pausa. Luego dijo—; Está bien, Maury. Nos veremos dentro de media hora.

Branson. en realidad, tardó más de una hora en llegar. Un hombre alto, delgado y calvo, con inconfundibles aires de erudito, le acompañaba. Brandon lo presentó:

—El profesor Macomb es un experto en dialectos indios—dijo. Y como Maury lo mirara extrañado refunfuñó—: Al fin y al cabo, nada ha venido a desmentir todavía nuestra primera apreciación de que este tipo era o puede ser un indio mejicano.

Macomb se acercó al herido. Antes de pronunciar palabra le estuvo observando atentamente fijándose especialmente en su perfil y en la línea de su mentón. Luego dijo algo que, evidentemente, dejó insensible al prisionero. Las líneas cartográficas, que Roberts y Maury observaban junto al aparato, no acusaron al menos ninguna reacción en el individuo.

El profesor Macomb continuó interrogando al prisionero por espacio de más de una hora. Luego se declaró vencido.

—Me parece que están equivocados ustedes, capitán Roberts.

Este hombre no habla ninguno de los dialectos indios centroamericanos. Pero acaso el profesor Osborne no pueda decir lo mismo respecto a los dialectos de las tribus peruanas o chilenas. ¿Por qué no le llaman?

—Le llamaremos—dijo Roberts—si usted nos da sus señas.

Macomb anotó por propia mano las señas de su colega en una hoja de su bloc y se marchó, expresando su sentimiento por no haber podido ayudarles.

—Bien—dijo Branson—. La cosa no está resudando tan sencilla como parecía al principio. Peter, ¿tiene sentido que una potencia extranjera haya enviado a secuestrar a un sabio atómico a agentes suyos que no hablan ni comprenden una palabra de inglés?

Maury negó lentamente con la cabeza sin apartar sus ojos del preocupado rostro de Roberts.

El capitán se encaminó hacia la mesilla del teléfono. Descolgó el aparato, y con éste en la mano dijo a Maury:

—Peter, llévese a MacDowell y pásese por el cuartel para recoger a un par de agentes más. Vuelva a Rockaway Beach e indague por los alrededores si alguien vio un automóvil sospechoso, o un barco que se hacía a la mar, o un hidroplano que despegó minutos después de la hora en que calculamos se produjo el asalto a la quinta de Heinze.

—¿Está pensando que Heinze puede haber sido sacado del país en un avión, o acaso en algún submarino? —preguntó Maury recogiendo el sombrero y la gabardina.

—Ningún servicio secreto extranjero sería tan estúpido que mandara a los Estados Unidos agentes de tez oscura que no hablen una palabra de inglés. Gentes así no podrían moverse en este país sin ser descubiertos a las pocas horas. En cambio no importaría, y hasta pudiera resultar provechoso, encomendar esa misión a hombres que en caso de ser hechos prisioneros tardarían muchas horas en poder ser interrogados por nuestros intérpretes.

—Comprendo—dijo Peter asintiendo—. Usted piensa que pudieron ser comandos especialmente adiestrados para desembarcar en un lugar determinado de la costa, asaltar la quinta del profesor y llevarse a Heinze sin dejar rastro.

—Veré lo que puedo averiguar—dijo Peter haciendo una seña al sargento MacDoweli.

Eran las cinco de la madrugada del domingo.

CAPITULO III

En el reloj de Peter Maury eran las ocho y minutos cuando llamó al timbre eléctrico de la verja de la quinta de Henry Temperton.

Mientras esperaba que alguien acudiera a abrirle, Peter admiraba el bien cuidado jardín y la hermosa casa de ladrillo rojo que se levantaba en el centro de la vasta extensión cubierta de césped. Un ancho sendero de hormigón atravesaba el jardín, y dibujando un impecable arco pasaba ante la casa bifurcándose en dirección al garaje.

Al otro lado estaba la cancha de tenis rodeada de alta malla de acero.

Un criado (pantalón negro y chaleco gris rayado) vino desde la casa por el camino de hormigón y miró a Peter con expresión interrogante.

—Sí—dijo después contestando a la pregunta de Peter—. El sepor Temperton está en la casa. ¿A quién debo anunciar?

Maury mostró sus credenciales de agente federal. El criado abrió y le acompañó por el sendero y luego a través de la casa hasta la sala donde miss Heinze y Temperton se encontraban desayunando. Esta habitación tenía un amplio ventanal acristalado, y por él podían verse la gran piscina rodeada de césped, el embarcadero particular, el pequeño yate de Temperton y, meciéndose sobre las olas de la bahía un poco más allá, un gran hidroavión «Catalina».

—¿Es usted, teniente?—exclamó Temperton levantándose y ofreciendo su mano a Maury—. Siéntese y desayunará con nosotros. Me alegro que haya venido, porque tengo que hacer una denuncia a la policía.

—¿Sí?—dijo Maury distraídamente mientras se quitaba la gabardina que puso en manos del criado—. Buenos días, miss Heinze.

La muchacha contestó con un débil «buenos días, sepor Maury». Vestía pantalones largos deportivos y un «sweater» blanco de cuello alto que se ajustaba a su joven y firme busto.

—¿Ha sabido algo de papá?—preguntó la seporita Heinze.

—No hasta ahora—repuso Peter tomando la silla que le señalaba

Temperton—. Tropezamos con dificultades.

—¿Qué clase de dificultades?—preguntó Temperton sin dar muestras de excesivo interés.

—Se trata del hombre que detuvimos anoche. No habla inglés, ni español, ni francés, ni ninguno de los idiomas que gozan de mayor difusión en el mundo. Al parecer se expresa en un dialecto que todavía no hemos podido determinar. Pero nos ocupamos de ello.

—¿Café?—preguntó Temperton.

—Sí—Peter señaló a través de la ventana—. ¿Su hidroplano no saldría anoche, verdad?

—No—repuso Temperton—. Y a propósito de esto. Una de mis canoas automóviles desapareció durante la noche.

—¿De veras? Eso es muy interesante.

—A mí me parece más bien fastidioso—gruñó el millonario.

—No tiene que preocuparse por su canoa—dijo Peter—. Si no se ha destrozado ya contra las rocas la encontraremos abandonada al garete entre los islotes del centro de la bahía, Siento tener que decirle esto, miss Heinze—dijo Peter volviéndose hacia la muchacha —. Tenemos razones para creer que su padre ha sido sacado del país.

—¿Quiere decir... fuera de los Estados Unidos?—exclamó Jean con voz angustiada, Maury asintió y dijo:

—Hay algunas personas que atestiguan haber visto u oído un aeroplano que al parecer despegó de la bahía Jamaica y voló por encima de Rockaway Beach a poca altura antes de desaparecer sobre el mar en dirección Sur. El policía que poco después descubrió el cuerpo del agente federal y registró la casa dando la alarma, oyó los motores de ese avión cuando hacía su ronda por la carretera. Hay pues fundamentos, dada la coincidencia de la hora, para temer que el profesor Heinze iba a bordo de ese aparato en compañía de sus secuestradores.

—Siempre están volando aviones por encima de Rockaway Beach, la mayoría de ellos procedentes de esa cercana base de hidros de la Armada, aunque hay también algunos particulares que tienen hidroplanos en las islas —apuntó Temperton—. ¿No podría tratarse de pura coincidencia?

—Hemos verificado todas las salidas nocturnas que efectuaron los hidros de la Base Jamaica. Ninguno despegó entre las nueve y las doce de la noche. Mis hombres están comprobando ahora las salidas de los aviones particulares de la bahía. Pero ahora que usted dice haber echado de menos una de sus canoas automóviles, no me

extrañaría que el resultado de las pesquisas viniera en apoyo de mi teoría. Los que secuestraron al profesor Heinze debieron desembarcar utilizando un bote de goma. Probablemente sabían que encontrarían aquí una canoa automóvil. La llevarían a alguna distancia bogando. Luego pondrían el motor en marcha y se aproximarían a la casa del profesor Heinze. Quizá dos hombres solo se encargaran de llevar la canoa mientras los demás mataban a nuestros agentes y se apoderaban del Profesor. Quizás apresaran primero al profesor y se dirigieran después por la playa hasta este embarcadero para tomar la canoa. Recuerdo que anoche soplaba un viento bastante fresco. En esas condiciones no sería muy fácil hacer avanzar un bote de goma en la oscuridad hasta el lugar donde esperaba el hidro.

Temperton guardó silencio. Jean Heinze miró a través de los cristales hacia la bahía. Luego, repentinamente, se cubrió el rostro con las manos y se echó a llorar.

—¡Nunca volveré a verle!—sollozó—. Si lo han llevado fuera de los Estados Unidos… ¡no le verá jamás!

Peter, que ya había echado tres terrones de azúcar en su taza, encontró terriblemente amargo el café. Temperton le miraba furiosamente, como si él y nadie más que él fuera el culpable del secuestro de Heinze y, por consiguiente, de la pena nue afligía a Jean.

—¿Me permite utilizar su teléfono?—preguntó Peter.

Temperton le señaló con un ademán el teléfono. Luego tomó las manos de la muchacha esforzándose por consolarla con frases cariñosas y entrecortadas.

—Encontraremos a su padre, Jean—decía Temperton—. Pagaremos por su devolución el rescate que pidan, si es de eso de lo que se trata. No es necesario que le diga que todo mi dinero, mi influencia y mi persona están a disposición de usted…

—«Idiota»—murmuró Peter entre dientes con el auricular pegado al oído. Y desde el extremo opuesto de la línea, la voz furiosa del capitán Robería rugió:

—¿Quién está al aparato? ¡Oiga!

—Aquí Maury, capitán. Perdóneme…

—¡Ya era hora que dejara asomar el rabo! —chilló Roberts—. ¿De dónde me llama usted?

—Desde la quinta de míster Henry Temperton—contestó Peter. Y dio cuenta a Roberts de sus andanzas por la bahía y el resultado de sus pesquisas, sin excluir la noticia de la desaparición de la

lancha del millonario.

—Listo para archivar—rezongó la voz de Branson, término que en lenguaje profesional equivalía a enterrar el caso en una carpeta y olvidarlo junto con otros polvorientos legajos referentes a asuntos que jamás lograron resolverse—. No parece que quede mucho por hacer después de esto.

—¿Pero y nuestro detenido?—protestó Peter—. ¿Es que todavía no ha conseguido hacerle hablar?

—Como hablar sí que habla, sobre todo ahora que le tenemos bajo los efectos de una droga hipnótica...

—¿Cómo?—exclamó Peter sorprendido—. ¿Hubo que llegar a eso también?

—Creí que este hombre nos estaba tomando el pelo a todos y hube de adoptar esa medida bajo mi responsabilidad—la voz de Branson se hizo más fosca y confusa—. Me equivoqué, Maury. Aun bajo estado hipnótico, este hombre sigue diciendo cosas en un idioma que nadie ha sido todavía capaz de descifrar.

—¡Pero eso no es posible!—exclamó Péter—. Si habla un idioma, alguien tiene que hablarle también y entenderlo.

—He hecho grabar sus palabras en varios rollos de cinta y los he distribuido entre unas cuantas universodades con la esperanza de que algún especialista en lenguas logre identificar el idioma de nuestro detenido. Bueno; ya veremos si esto da resultado. Venga para acá cuando haya comprobado la existencia de ese aeroplano fantasma.

—¿Quiere que vaya al hospital?

—No me moveré de aquí hasta que le arranque una confesión inteligible a este tipo... ¡O le haya ahogado con mis propias manos!

Peter dejó el teléfono sobre la horquilla volviendo al lado de miss Heinze y míster Temperton. La chica había dejado de llorar y le miraba con expresión anhelante.

—Lo siento, seporita Heinze—dijo Peter recogiendo su sombrero y el sobretodo—. Seguimos atascados donde estábamos. El tipo que detuvimos está volviendo locos a todos los sabios y eruditos que pretenden averiguar cuál es su idioma. Pero no se preocupe. Lograremos entenderle o hacernos entender de él. Y entonces sabremos dónde han llevado al Profesor Heinze.

—Aunque no por saberlo puedan conseguir rué lo devuelvan—dijo la muchacha con acento de amargura.

Peter la miró dolorido. Le hubiera gustado poder decir a Jean que existía alguna posibilidad de rescatar al profesor después de averiguar

donde había sido llevado, pero en realidad existían escasas o ninguna probabilidad de que esto ocurriera.

—Le comunicaré cualquier cosa que podamos saber—dijo brevemente. Y saludó a Temperton con un movimiento de cabeza—: Gracias por su café.

* * *

A las cinco de la tarde, Peter Maury estaba en el restaurante del hospital tomando un emparedado y una taza de café cuando el inspector Speer fue a buscarle.

—El capitán dice que suba usted.

Dos hombres se encontraban en la habitación del detenido además de Roberts y el sargento MacDowell. El herido, pasados los efectos de la droga hipnótica, había vuelto a su estado normal de temor y suspicacia hacia todo lo que le rodeaba. Los dos hombres a quienes Maury no conocía le estaban interrogando en un lenguaje de inflexiones no muy distintas de las empleadas por el herido en su ininteligible idioma.

—¿Quiénes son ésos?—preguntó Maury en voz baja.

Roberts le cogió por un brazo y le arrastró a un rincón:

—A ver si ahora tenemos suerte, Peter. Ese del traje negro es el profesor Hayes, catedrático de Historia de la Universidad de Pnnceton. El otro más viejo es un filántropo que practica la arqueología por afición. Se llama Boardman. Es un entendido en materia de cultura y civilización incaicas...

—¿Qué diablos tienen que ver los incas con todo esto ?—preguntó Peter. _ .

—Eso es lo que nuestros amigos tratan de averiguar. Hayes recibió este mediodía una de las grabaciones tomadas a nuestro detenido Le pareció encontrar cierta analogía entre el idioma que escuchaba y el antiguo dialecto de los incas y llamó a su amigo por teléfono. Boardman creyó reconocer al menos un par de palabras y propuso a Hayes tomar un avión para venir a conocer a nuestro rehén...

Pues, por las trazas no parece que hayan conseguido ponerse de acuerdo—hizo observar Peter.

Los dos eruditos, después de una hora de hablar, bracear y desgañitarse, volvieron hacia Roberts con expresión desolada.

—¿Nada?—les preguntó Roberts con ansiedad, Boardman,

enjugándose el sudor de su pálida frente con un pañuelo, dijo mirando al herido que los contemplaba desde el lecho:

—No podría asegurarlo pero...—el arqueólogo se interrumpió dándose una palmada en la frente—. Claro aunque no hay la menor probabilidad ¿pero qué se pierde con probarlo?

Seguido ahora también por la interrogativa mirada de Hayes, el sepor Boardman regresó junto al lecho. En el velador contiguo había dejado su gran cartera de cuero, de la que extrajo una fotografía que enseñó al herido.

Hayes se había acercado por el otro lado, y Roberts y Peter estaban al pie de la cama siguiendo con curiosidad las maniobras de Boardman. El herido estaba examinando la fotografía. Luego empezó a mover los labios como" si leyera.

—Sepor Boardman—dijo Hayos—, ¿Cree que el puede descifrarlo?

Excitado (Las manos le temblaban ostensiblemente) Boardman tendió al herido un bloc de papel y un lápiz. El hombre tomó ambas cosas mirando al arqueólogo. Este le hizo señas para que escribiera. Y el herido obedeció.

En silencio, los cinco hombres miraron al herido mientras éste garabateaba con el lápiz sobre la hoja de papel Luego, Boardman alargó la mano y le arrebató el bloc de un tirón.

—¡Mire esto, Hayes!—exclamó jubiloso—. ¡Los signos son idénticos!

Roberts, Maury y MacDowell se apelotonaron mirando por encima del hombro de “Hayes que estaba examinando lo escrito por el hombre. Naturalmente, ninguno de los policías pudo descifrar el significado de aquella enrevesada escritura. La fotografía con la que Haves comparaba lo escrito, representaba al parecer una losa en la que aparecían grabados signos semejantes a los del bloc.

Míster Boardman se volvió hacia Roberts con aire triunfal.

—¡Mire esto, capitán Roberts! No puede cabernos duda ahora. En esta hoja, ese hombre ha escrito seguramente su nombre, el nombre de su pueblo y el lugar de donde procede

—¡Vaya!—exclamo Roberts exhalando un suspiro—. Ya era hora que averiguáramos algo. ¿Qué ha escrito ese hombre en el papel?

Hayes y Boardman cruzaron entre sí una mirada elocuente. Su entusiasmo—parte de su entusiasmo al menos—se habia desvanecido de repente. Roberts regió:

—¡Cómo! ¿Es que van a decirme que no lo saben?

—No lo sabemos, capitán—dijo Hayes con voz débil.

—Comprendo—dijo Roberts—. Ahora necesitarán libros y tiempo para traducir ese escrito. ¿No es eso?

Heves alzó sobre su colega una mirada de auxilio. Fue Boardman quien finalmente confesó:

—Peor que eso. capitán Roberts. La verdad es que carecemos de medios para traducir lo escrito. Los jeroglíficos que ve en esta fotografía son los de una vieja piedra cuyo contenido jamás pudo ser descifrado. La losa y lo que en ella hay escrito pertenecen según se presume a una brillante civilización que existió con anterioridad a la civilización inca.

Un puñetazo que hubiera descargado el corazón de Branson Roberts no hubiera dejado a éste mas paralizado El olor le fue arrebatado del del rostro, aunque no por mucho tiempo.

Resolló como un fuelle y la sangre volvió a su faz cubriéndola de manchas purpúreas.

—¿De manera que ahora... resulta... que seguimos lo mismo que antes?—dijo en una especié de rugido entrecortado—. Han conseguido hacer que ese individuo escriba su nombre el nombre de su pueblo y tal vez algo más que es de vital importancia para nosotros... ¡y no pueden decifrar su escrito! ¿Que clase de sabios son ustedes ?—termino bramando el policía.

Boardman se atiesó como hombre que ha sido ofendido en su delicada dignidad.

—No somos policías, sepor Roberts. Ciertamente, nuestra erudición no alcanza a descifrar los signos que este hombre ha escrito en este papel. Pero algo hemos averiguado, y ello significa un inapreciable hallazgo para la historia. En alguna parte de nuestro planeta probablemente en algún escondido valle de los Andes, existen todavía los restos de un pueblo antiquísimo , guardador quizá por la tradición y la leyenda de una cultura que superó a la egipcia y que muy bien pudiera pertenecer a la desaparecida Atlántida. Bajo el punto de vista de la Arqueologia, este hombre es más interesante por si mismo que por cualquier delito que haya podido cometer.

—Eso es lo que usted cree—repuso Roberts ásperamente— Pero a nosotros nos importa un comino la Arqueologia. Lo que nosotros queremos saber es el lugar de origen de este individuo... y ni siquiera eso son ustedes capaces de poner en claro.

Bcardman y Haynes cruzaron una mirada entre sí.

—¿Por qué no buscan en Chile?—dijo de pronto Haynes.

Roberts experimentó una especie de sobresalto.

—¿Por qué en Chile?—preguntó rápidamente.

Boardman fue quien contestó:

—La losa cuya escritura jamás pudo ser descifrada, fue encontrada bajo los cimientos de un antiguo templo inca en unas excavaciones realizadas en el Perú. Sin embargo, si la losa pertenece a la antigua civilización atlante que luego derivó en la inca o fue destruida por ésta es posible que otros pequeños núcleos de este grupo étnico procedente de la Atlántida se asentaran en diversos puntos de la costa. Chile es por su configuración el país de mayor extensión costera. Por lo tanto, las probabilidades están en un ochenta por ciento a favor de ese país.

—Comprendo—farfulló Roberts.

—Respecto al detenido —dijo Boardman —me propongo elevar una súplica a la autoridad superior a fin que nos permitan interrogarle. Es posible que con tiempo logremos descifrar su escritura si él no se niega a cooperar.

Los ojos del policía brillaron nuevamente con interés.

—¿Cuánto tiempo tardarían en cogerle alguna palabra?—preguntó.

—Será una labor paciente... tal vez de semanas y aun de meses.

Roberts repuso secamente:

—Eso es todo, caballeros. Les quedamos muy agradecidos por su inapreciable información.

Haynes y Boardman salieron dignamente de la habitación bajo la irónica y centelleante mirada de Roberts. Cuando la puerta se hubo cerrado tras ellos, el capitán se volvió hacia Peter exclamando:

—¡Valiente servicio el que nos han prestado este par de sabihondos! ¿Dónde he leído yo algo acerca de esa condenada Atlántida?

—La Atlántida—dijo Peter conteniendo su risa—fue una gran isla que según la leyenda, existió entre España y Africa y fue sumergida en el mar por un cataclismo. Modernamente otras teorías han surgido a propósito de la legendaria Atlántida, pues mientras se va abandonando la creencia de que ese continente existió en el actual Atlántico, hay tendencias a trasladar su antiguo emplazamiento al Pacífico, donde la isla de Pascua y otros pequeños islotes se cree son las cimas de las montañas de nuestro continente sumergido. Existe indudablemente un gran misterio alrededor del origen de las esculturas halladas en la isla de Pascua, así como en el

parentesco que parece haber entre los Habitantes de esta isla y sus más próximos vecinos los pueblos de la costa americana del Pacifico Sur. Es posible…

—Bueno, dejémonos de tonterías—rezongó Roberts interrumpiendo el discurso de Peter con un ademán—. La Atlántida no nos interesa No puedo poner en el informe que he de enviar a Washington que le hemos echado el guante a un viejo atlante, y que esto es más importante que averiguar dónde han llevado a nuestro sabio atómico y todo lo demás.

No repuso Peter asintiendo—. Supongo que no.

Branson fue a tomar su sombrero que estaba sobre una silla. Luego se quedó mirando al herido. Le miró larga e intensamente, furioso y como reprochándole que no pudiera hablar una palabra en ningún idioma inteligible. Luego dijo:

—Bueno. Aquí nada tenemos que hacer.

Pocos minutos después, Roberts, Maury y MacDowell se encontraban sobre el automóvil del primero rodando a marcha moderada en la semipenumbra del anochecer hacia Manhattan. Junto a Branson, Peter Maury permanecía silencioso.

—¿Qué piensa, Maury?—preguntó el capitán mientras sorteaba el intenso tráfico en las proximidades del Midtown «tube».

Peter contestó:

—Estaba pensando en ese atlante…

—Su imaginación es demasiado viva para policía, Peter—dijo Roberts en tono de censura—. Baje de las nubes y agárrese al suelo. Ese tipo no es más atlante que usted o yo. El gobierno que le envió debió elegirle (y lo mismo al resto do la cuadrilla) por su ignorancia supina de todo idioma a excepción de su propio y particular dialecto. Posiblemente, ese infeliz indio o lo que sea, no hace todavía una semana que andaba en taparrabos cazando con arco y flechas hasta que alguien lo reclutó para llebar a cabo esta misión. No solamente no sabe hablar. Yo creo que si pudiéramos entenderle, no sabría siquiera decirnos cuál es su país ni quiénes le han enviado.

-Pues su aspecto no es el de un indio salvaje. ¿Recuerda cómo cogió el lápiz y trazó aquellos garabatos?

—¡Claro que lo recuerdo!—exclamó Roberts exasperado—. Como que no hizo sino copiar groseramente los garabatos que había visto en la fotografía. Eso es posiblemente lo que creyó que se esperaba de él, y eso fue lo que hizo.

Peter no contestó. No volvieron a hablar hasta que llegaron al

cuartel general del F. B. I. en Nueva York. Roberts subió directamente a su despacho y se encerró en él para redactar el informe correspondiente entre trago y trago de café.

El teletipo se encargó de transmitir el mensaje al cuartel general del F. B. I. en Washington.

Sombríos, silenciosos y llenos de zozobra, Maury y Roberts comieron juntos en un restaurante próximo. Ambos podían imaginar sin esfuerzo la violenta reacción que el informe iba a producir en Washington D. C. Una personalidad atómica había sido secuestrada ante sus mismas barbas. Y ellos dos eran los responsables directos de la seguridad personal de August Hieinze.

A las ocho comenzó a llover.

—Vamos—dijo Roberts abonando la cuenta sobre el mantel—. La respuesta debe haber llegado.

Regresaron al despacho de Roberts. No se tenía aún respuesta al informe enviado por Branson. Peter, que no había pegado ojo la noche anterior, quedó dormido en un sillón con el cigarrillo entre los dedos.

Roberts le despertó zarandeándole rudamente por el hombro.

—Hola— dijo Peter bostezando—. Me quedé adormilado.

—Ya lo creo—repuso Roberts—. Adormilado. Y roncaba como un bendito.

Peter consultó su reloj de pulsera. Eran la una y cuarenta minutos de la madrugada del lunes.

—¿Ha contestado Washington?—preguntó. Trataba de leer en la expresión del rostro de Roberto.

—Sí. El departamento de fotografía le está preparando un pasaporte falso.

—A mí? ¿Para qué?

—Ya he reservado su pasaje en el avión que sale a las cinco. La orden es que vaya usted a Chile y trate de seguir allí el rastro del profesor Heinze. Es casi un disparo a ciegas, pero puede dar resultado. Al fin y al cabo, es la única pista que tenemos.

—¿Se refiere a las notas y a la pistola que encontremos al herido atlante?

—No me vuelva a repetir eso de atlante si no quiere que le estrangule. Peter —rezongó el capitán—. Tiene que ir allá y seguir la pista de las ropas y la pistola de nuestro detenido. Pero como es natural, no puede hacer eso como enviado oficial del F. B. I. Usted habla bastante bien el español y es, si no culpable, al menos responsable de la

suerte que haya podido caberle a August Heinze. Espero que se dé cuenta que se trata de una oportunidad que se le ofrece de salvar su carrera.

—Sí, comprendo—dijo Peter amargamente—. Si una cabeza ha de rodar, esa cabeza es la mía. Muy bien. Iré a Chile.

El avión de la «Panamerican Airways» despegó puntualmente a las cinco. En la lista de los pasajeros Peter Maury figuraba bajo el supuesto nombre de John Praire Macomb. Las iniciales de sus apellidos coincidían con las de su ligero equipaje.

CAPITULO IV

La rapidez no era ciertamente una de las características de las comunicaciones de Chie. La especial configuración del país; faja estrecha de terreno entre la cordillera de los Andes y el mar, no se prestaba al trazado de ferrocarriles en dirección Norte-Sur.

El avión de la «Panamerican Airways», aunque voló cerca de Antofogasta, no hizo escala en esta ciudad. Valparaíso, donde finalmente rindió viaje el aeroplano, quedaba muy al Sur de Antofogasta. Para volver al Norte hasta esta ciudad, Peter hubo de tomar un barco. El resultado vino a ser que invirtiera mucho más tiempo en ir desde Valparaíso a Antofogasta que desde los Estados Unidos a Chile.

Antofogasta, recostada sobre la falda de algunos cerros al fondo de la bahía Morena, resultó ser una limpia y bonita ciudad de calles espaciosas cortadas en ángulo recto, con modernos edificios puerto de escala de muchas líneas de navegación y terminal del ferrocarril a Oruro, en Bolivia, con prolongación del ramal hasta La Paz.

Cuando Peter llegó a Antofogasta, el desánimo era su principal característica.

Realmente hacer un viaje desde los Estados Unidos a Chile para comprobar la etiqueta de un sastre cosida al forro de la chaqueta de un desconocido, parecía pretexto bastante pueril.

Las ideas de Peter eran bastante firmes a este respecto.

Probablemente encontraría al sastre, el cual le dirigiría quizá hasta el cliente cuyo nombre correspondía a las iniciales «J. B. M.» Luego y con un poco de suerte, J. B. M. podría recordar tal vez el ropavejero a quien vendió su raído traje. Siguiendo la pista. Peter esperaba llegar hasta el ropavejero. ¿Recordaría éste al pobre y astroso indio que al bajar a la ciudad desde las montañas entró en su tienda para comprarse un traje usado con apariencia de casi nuevo?

Suponiendo que lo recordara, el ropavejero no sabría quién era ni cómo se llamaba ni de dónde venía. El traje, pasando de mano en mano, podía haber llegado muy lejos hasta la perdida aldea donde un indio que no hablaba español sería contratado para ir en avión hasta los Estados Unidos y secuestrar a un sabio atómico llamado

August Heinze...

Aquella su primera roche, mientras esperaba el sueño en la habitación del hotel. Peter se dijo que todo aquello carecía de sentido.

Nadie necesitaba reclutar un puñado de indios ignorantes para llevar a cabo la comprometida misión de raptar a un sabio atómico norteamericano. Por el contrario; si un país determinado que podía ser Chile estaba interesado en secuestrar a Heinze, la lógica sería destacar a hombres bien entrenados, cultos y eficientes. ¿Por qué un indio, vamos a ver?

Peter se durmió haciéndose esta pregunta. Tuvo espantosas pesadillas. Al despertar tenía la boca amarga y le dolía terriblemente la cabeza. Se desayunó, y lanzándose a la calle se dijo:

«Vamos a ver si hay suerte».

Encontró sin dificultad la calle de Girasol y, ya en esta, el taller de sastrería emplazada en una planta baja mostrando en el balcón un rótulo escrito en español: «Giménez, Sastre».

El hombre que apareció saliendo de la oscura trastienda era delgado y de corta estatura. Cojeaba ligeramente al andar. Montaba gafas sobre su aguileña nariz, y una crencha de cabello negro azulado, de brillos aceitosos, le caía sobre la morena frente. Como signo de su profesión, traía un metro de sastre colgando de su cuello.

—Permítame una pregunta—dijo Peter empleando su mejor y más fluido español—. ¿Es suya esta etiqueta?

El sastre tomó el pequeño retazo de seda y lo examinó:

—Sí—dijo—. Es una de mis etiquetas. ¿Por qué?

Peter le mostró a continuación el segundo pedacito de tela.

—¿Alguno de sus clientes utiliza estas iniciales ?—preguntó.

Giménez se estuvo un rato examinando la etiqueta con la frente baja. Luego, sin levantar los ojos, asintió:

—Sí. Uno de mis mejores clientes; Juan Belgrano Martínez, solía hacerse coser estas iniciales en sus trajes.

—Entonces le conoce usted. ¿Podría decirme quién es y dónde puedo encontrarle?

—El sepor Belgramo murió—el sastre levantó entonces sus pequeños ojos y clavó en Peter una rápida y desconfiada mirada.

A Peter, aquella forma de mirarle le supo a mentira. El sastre parecía ocultar algo. Peter permaneció callado unos instantes

preguntándose si la muerte de «J. B. M.» representaría alguna contrariedad.

—¿Cuándo murió?

—Hace tiempo. Medio año quizá. No lo recuerdo bien.

—Pero usted tendrá anotada su dirección. ¿Vivía aquí, en Antofogasta?

—No. Tenía una estancia allá por Salinas, cerca de la frontera.

—¿Un rancho, quiere decir?

—Criaba ovejas.

—Comprendo—Peter asintió tomando las etiquetas que el sastre palpaba entre sus dedos—. Habrá dejado familia, supongo. Viuda o hijos quizá. ¿No?

—Así lo creo—repuso Giménez evasivamente.

—¿Dijo Salinas?—murmuró Peter—. Bien, sepor Giménez. Muchas gracias por sus informes.

—¿Es usted policía?—preguntó el sastre repentinamente.

Peter Maury dudó unos instantes. Y el sastre advirtió sus dudas.

—Sí—dijo Peter rápidamente—. Eso es; policía. Buenos días, sepor. Y agradecido.

El americano abandonó la sastrería tomando calle abajo en dirección al puerto. Aunque no se volvió una sola vez, notaba fija sobre su nuca la mirada del sastre que debía estar contemplándole desde la puerta de su taller.

Así era, en efecto. Giménez, después de ver cómo se alejaba el extranjero, entró rápidamente en su casa y cruzó hasta la trastienda para tomar el teléfono. Era uno de esos antiguos aparatos de manivela. Giménez hizo girar furiosamente la manivela y aplicó el auricular a su oído.

—Rápido, con la Jefatura de Policía—dijo cuando la *voz* de la central telefónica le contestó.

* * *

—Sentado en la terraza de un bar, teniendo ante sí la magnífica perspectiva de la bahía, Peter Maury bebía a pequeños sorbos una cerveza mientras un muchacho le sacaba lustre a sus zapatos. Aquí en chile, las estaciones eran contrarias a las del hemisferio Norte, y mientras en Nueva York el otoño se precipitaba sobre el invierno, aquí era la primavera quien cedía paso al verano.

Se hacía .sentir el calor. Peter, mientras observaba

distraídamente el trabajo del limpiabotas, trataba de obtener informes sobre la mejor manera de viajar hasta Salinas.

—Yo puedo facilitarle un coche de alquiler por un precio barato. No es muy bueno el auto, pero marcha—estaba diciendo el muchachuelo.

Dos hombres venían por la acera y se detuvieron al llegar ante el bar lanzando una aguda mirada sobre Peter. Ningún norteamericano poda pasar desapercibido en Antofogasta, sobre todo si era joven y rubio y gustaba de vestir bien.

Los dos hombres cambiaron una mirada de inteligencia entre sí y oblicuaron hacia donde Peter se encontraba.

—¿Sus documentos, por favor?

A Peter, aquella forma brusca e imperativa de exigirle su identidad, no le agradó. Sobre todo, porque los desconocidos no se habían identificado ante él.

—¿Y eso, por qué?

—Policía—dijo uno de los hombres levantando la solapa de su blanca chaqueta de hilo.

—Podíamos haber empezado por ahí—dijo Maury. Y sacó su pasaporte poniéndolo en manos de los agentes.

—Acompáñenos, tenga la bondad.

—¿No está en regla mi pasaporte?—protestó Maury, sorprendido.

—El Prefecto de policía desea hablar unas palabras con usted.

Maury pagó los servicies del limpiabotas añadiendo una buena propina, dejó unas monedas sobre el velador de marmol y siguió a los agentes sin rechistar.

En la prefectura, Peter fue introducido sin espera en un viejo despacho detrás de cuya mesa le observaban graves y severos los ojos de un hombre de cabellos grises y pronunciada calvicie. Sobre la mesa estaba abierta la maleta de Maury, y encima de las revueltas ropas quédaba a la vista la pesada «Browing» de reglamento que le había acompañado desde los Estados Unidos.

«Esto es lo que en los Estados Unidos llamaríamos trabajar aprisa», pensó Maury para sí.

Sin pronunciar palabra, uno de los agentes que acompañaban a Maury, tendió el pasaporte americano por encima de la mesa. El prefecto lo tono mientras ocupaba su sillón, volvió una hoja y cotejó la fotografía con el impasible rostro de Peter.

—¿John Praire Macomb?—interrogó el prefecto pronunciando el

nombre en español.

—¿No es eso lo que dice el pasaporte?—contesto Peter evasivamente.

—¿Es éste su equipaje?—señaló el prefecto.

— Yo diría que sí—repuso Peter continuando su táctica de no pillarse los dedos,

—¿Es suya esta pistola?

—No.

—Estaba en su maleta.

—Sí.

El prefecto le contempló con el ceño fruncido. Tomó la pistola, y acercándola a sus ojos leyó:

—«Fabricada en Chile con licencia Browing» —la tendió por encima de la mesa a uno de los agentes—: Vea si su número de serie figura en nuestro archivo. En caso contrario telefonee a Santiago.

El agente salió.

—¿Puedo saber por qué estoy aquí ?—preguntó Peter—. ¿Figura en las hospitalarias costumbres del país detener a todos los extranjeros que llegan y registrar su equipaje allanando sus habitaciones?

Ni la pregunta, ni el incisivo tono en que fue pronuncíada, pareció impresionar al prefecto. Este jugando distraídamente con el pasaporte de Maury, contestó:

—Llegó usted anoche, y lo primero que hizo esta mañana fue presentarse en una sastrería de la calle Girasol preguntando por un tal Juan Belgrano Martínez. ¿Fue así?

—Parecen bien enterados de todos mis movimientos.

—Contésteme a esta pregunta, míster Praire— ¿A qué se debe su interés por conocer el paradero de ese hombre?

—¿Está prohibido en este país interesarse por la salud de un viejo amigo?

—No cuando se trata realmente de un viejo amigo. Pero usted no conocía a Juan Belgrano, según se desprende de sus preguntas. Y Belgrano murió asesinado hace medio año en circunstancias muy extrañas. ¿Comprende ahora por qué está aquí ?

—Ustedes no creerán que yo asesiné al tal Juan Belgrano—repuso Peter sorprendido.

—Mostró usted al sastre una etiqueta que había pertenecido a un traje de Juan Belgrano. ¿De dónde obtuvo esa etiqueta?

—De un traje.

—¿Del traje de Belgrano? Probablemente sería el que llevaba puesto el día que fue asesinado.

—¡Oiga!—protestó Maury empezando a alarmarse seriamente.

—Tal vez no ignore usted que el cuerpo de Belgrano fue hallado completamente desnudo.

Peter prefirió callar.

El agente que había salido con la pistola volvió a entrar. Lanzó una mirada sobre Peter y abandonó la pistola sobre la mesa.

—Comprobado, sepor Sumapaz—dijo escuetamente—. La pistola es la misma que el agente Klapper llevaba consigo el día que fue asesinado.

Peter empalideció. ¿Otro asesinato? ¡Seguro que estaba metido en un buen lío!

La mirada que el prefecto le dirigió era francamente de sorpresa. Sacudió la cabeza.

—En bien suyo, míster Praíre. Será mejor que haga una declaración completa—dijo lentamente.

Peter admitió sin ambages que estaba metido hasta el cuello en aquel complicado asunto. No podría sostener mucho tiempo su falsa personalidad, así que lo mejor sería contar toda la verdad.

—Perfectamente—suspiró dejándose caer en una silla—. Empezaremos por el principio. Me llamo Peter Maury y soy agente del «Foreing Burean of Investigation.»

—Espero —dijo el prefecto sonriendo—que pueda demostrarlo

CAPITULO V

Peter Maury volvía a estar sentado en la terraza del bar bajo el listado toldo de lona. Junto a él, sobre el velador, un vaso de cerveza señalaba con una sucesión de círculos blancos los distintos niveles a que había bajado el dorado líquido después de cada sorbo.

En el suelo, una docena de colillas de cigarrillos indicaban el grado de nerviosismo a que había llegado.

—¡Hola, míster!—saludó una voz alegre—. ¿Le soltó la «poli»? ¿Quiere que le limpie los zapatos?

Peter levantó los ojos. Ante él estaba el mismo muchacho limpiabotas que le lustró los zapatos la mañana del día anterior.

—Hola, chico—dijo desmayadamente el americano. Y colocó resignadamente su pie sobre el molde metálico fijo a la caja de cepillos.

De algún punto, por detrás de Maury, llegó el runflido de unos poderosos motores de aeroplano. De pronto, un gran hidroavión irrumpió en el cielo sobre la ciudad y pasó a baja altura sobre el puerto para alejarse y virar sobre la bahía.

—Es un «Catalina»—aseguró el muchacho limpiabotas con aires de suficiencia—. Tenemos varios de ellos comprados a los americanos después de la guerra. ¿Estuvo usted en la guerra, míster ?

El hidro venía rozando las ondas de la bahía con el evidente propósito de amerizar. Como una enorme gaviota se posó en el agua y vino roncando hacia el puerto hasta que finalmente paró sus motores y se detuvo balanceándose graciosamente.

Cerca de donde estaba Maury, un vista de Aduana saltó a una lancha automóvil que inmediatamente se puso en marcha arando las tersas aguas de la bahía hacia el hidroplano. Este era en efecto un «Catalina». Después de la guerra, muchos de estos aeroplanos habían sido vendidos a países amigos e incluso a particulares. Henry Temperton, el amigo de Jean Heinze, tenía uno igual a éste.

La mención de Temperton trajo al corazón de Peter de nuevo la amargura de su fracaso sentimental. Pero en otros aspectos también, era un fracasado. Había fracasado como detective, deparándose impotente para resolver el misterio que envolvía la desaparición de

August Heinze. Y ya, acerca de, este asunto, no le restaba sino esperar el inevitable telegrama que le ordenaría el inmediato regreso a los Estados Unidos.

Los zapatos de Peter estaban perfectamente lustrados cuando la lancha del vista de Aduanas se destacó del costado del hidroplano y viró poniendo proa al muelle.

En la popa de la embarcación iban de pie dos nuevos pasajeros. La mirada de Maury permaneció fija en ellos con más indiferencia que interés hasta que la lancha estuvo a punto de atracar en el muelle. Y de pronto, el corazón del americano experimentó un vuelco de sobresalto.

¿No era Jean Heinze uno de los dos pasajeros de la lancha?

Peter saltó en pie y corrió hacia la escalera de piedra a la cual atracaba la canoa. No solamente Jean Heinze, sino también Henry Temperton se encontraba a bordo de la embarcación disponiéndose a saltar a tierra. Jean le vio y le saludó con un ademán.

—¡Jean!—exclamó Peter saliendo a estrechar las manos de la muchacha—, ¿Cómo usted aquí?

En el blanco rostro de la chica, sus azules pupilas miraban a Maury con ansiedad.

—No podía permanecer quieta en Los Estados Unidos sin saber qué hacia usted en Chile. ¿Sabe algo de mi padre? ¿Sabe si está aquí?

Henry Temperton había subido la escalera de piedra detrás de la chica y sonreía con aires de suficiencia mostrando sus blancos y fuertes dientes. Peter ya había sentido otras veces el deseo de borrar aquella sonrisa del rostro de Temperton de un puñetazo. Pero se contuvo.

—¿Fue suya la brillante idea de traer a miss Heinze a Chile?—preguntóle.

El millonario contestó:

—La idea fue de la seporita Heinze. Pero yo puse los medios para que pudiera realizar sus deseos. ¿Hay alguna ley que prohíba a Jean interesarse por la suerte que haya corrido su padre, sepor Maury?

—Me parece—dijo Maury mirando en rededor—que éste no es el lugar más adecuado para comenzar una discusión de esta naturaleza.

El oficial de Aduanas apareció junto a Temperton, que dijo:

—Perdónenos, teniente. Todavía tenemos que cumplir con las

formalidades de la aduana—y tomó a Jean por el brazo.

—¿Nos veremos luego?—preguntó Jean.

—Me hospedo en el hotel Libertad—repuso Peter—. Les estaré esperando para almorzar.

Peter regresó a la terraza del bar, abonó su cuenta y se encaminó a pie hacia el hotel. Tomó una mesa cerca de la ventana de la calle, y desde atrás del cristal pudo asistir a la llegada de miss Heinze y Temperton en un coche descubierto de caballos. Luego, a través de la puerta del comedor, les vio en el vestíbulo cuando firmaban en el libro registro.

—Espero a unos amigos—dijo Peter al camarero que se acercó a su mesa.

Los viajeros no se entretuvieron siquiera en cambiarse de ropa. Vistiendo todavía blanco pantalón deportivo de hombre y «sweater» negro (ambas prendas le sentaban maravillosamente) miss Heinze compareció al poco rato seguida de Henry Temperton.

Peter se puso en pie y se sostuvo en esta rígida postura hasta que miss Heinze se hubo sentado. Entonces se sentó a su vez. Pero no empezaron a hablar hasta que el camarero hubo servido el primer plato.

—Lo siento, miss Heinze—dijo Maury—. No puedo decirle si su padre se encuentra en este país. La pista que vine siguiendo se desvaneció apenas llegué. Recuerda lo que le dije en Nueva York acerca de la etiqueta del traje y la pistola que encontramos en poder de nuestro detenido? Pues bien; las ropas pertenecieron a un criador de ovejas que fue encontrado muerto y desnudo hace varios meses. Y en cuanto al arma, perteneció o le estuvo asignada a un agente de la policía rural que también fue encontrado muerto en un solitario sendero de la montaña. Apenas empecé a indagar, la Policía chilena me detuvo como sospechoso de haber perpetrado esos crímenes. Tuve que dar mi verdadera identidad para deshacer el equívoco y he permanecido casi veinticuatro horas detenido hasta que esta mañana se recibió un cable de los Estados Unidos confirmando mi personalidad.

_Miss Heinze quedó contemplándole con expresión desolada, siendo Temperton quien preguntó:

—;,Sabe la policía chilena por qué está usted aquí ?

—Ese—repuso Maury—fue el único secreto que me reservé. Mi versión, medio verdad, medio mentira, fue que estaba aquí siguiendo la pista de las ropas y el arma que habían sido encontradas sobre un hombre que había cometido dos muertes al

intentar asaltar una casa en los Estados Unidos. A la policía chilena esa declaración le sorprendió muche, pero calculo que todavía se hubieran sorprendido más si. diciendo la verdad, hubiese añadido que la casa asaltada era la de un sabio atómico que ha desaparecido sin dejar rastro.

—Entonces ¿no cree usted que el gobierno de Chile tenga la menor participación en el secuestro de papá?—preguntó la chica.

Peter sonrió moviendo pesadamente la cabeza.

—Esa suposición me parece que vamos a tener que abandonarla por absurda, miss Heinze. Ningún gobierno haría asesinar a un pastor y a un honrado policía para procurarse un traje y una pistola que luego habían de servir para vestir y armar a uno de sus enviados especiales a los Estados Unidos. Eso no tiene pies ni cabeza, ¿verdad?

—¿Y cómo sabemos que ese ovejero y ese policia fueron muertos en realidad? ¿Tenemos siquiera la evidencia de que han existido? ¿Lo ha comprobado usted? —preguntó la seporita Heinze.

—Estoy seguro que si me tomara el trabajo de averiguarlo, lo podría comprobar sin dejar lugar a dudas. Trate de comprenderlo, Jean. Un gobierno que se propusiera secuestrar a un sabio de la categoría de su padre de usted, no incurriría en la imperdonable torpeza de armar a sus agentes con pistolas que llevan un número de serie y una marca de fabricación que les delata. Ni siquiera una pandilla de niños que se propusieran justar a espías harían un trabajo tan burdo. Lo único que pudo ocurrir es que alguien que cometió esos dos crímenes aquí, posiblemente un fugitivo da la justicia, traspasara la frontera de Chile por Bolivia o el Perú y fuera contratado en algún lejano puerto para llevar a cabo la misión de secuestrar a! profesor. Únicamente en ese caso no importaría que el hombre llevara ropas confeccionadas en Antofogasta, ni que fuese armado de una pistola fabricada en esto país. El detalle podría resultar incluso ingenioso si por su mala suerte era capturado alguno de esos, aventureros, como en efecto ocurrió. Por lo tanto debemos descartar la participación de Chile en ese golpe de mano.

Peter guardó silencio, no solamente porque había concluido la exposición de sus ideas, sino porque el camarero se acercaba con el segundo plato. Cuando el hombre se marchó llevándose el primer plato de ran Heinze, todavía intacto.

—¿Así pues, renuncia usted a seguir buscando el paradero de mi padre?

—¿En lo que a este país respecta, el asunto está terminado para

mí—repuso Peter abochornado—. No existe apenas una probabilidad entre cien de que su padre esté en Chile. Mas si fuera así, mi trabajo habría terminado de todas d formas. La polcía chi.ena sabría entonces por qué me encuentro en este país... y mi mal disimulada investigación tropezaría con toda suerte de obstáculos. Pero desengáñese, Jean. Su padre no está aquí casi con toda seguridad.

—¿Entonces, dónde está?

—No lo sabemos, miss Heinze. Puede que haya sido llevado detrás del Telón de acero. Quizá no haya salido de los Estados Unidos...

—¿Pero y el avión que ustedes comprobaron había despegado aquella noche de la bahía ? ¿No indica eso que papá fue sacado del país? ¿Y ese hombre al que no pudieron hacer hablar? Tienen ustedes todavía muchas pistas que pueden seguir... ¡Y se dejan caer acobardados renunciando a continuar la búsqueda!

—Sus reproches están fuera de lugar, miss Heinze—repuso Peter amoscado—. No he dicho « sino que mi tarea personal ha concluido aquí. Es posible que otros agentes vengan en mi sustitución. Seguiremos buscando por otro lado...

La muchacha se cubrió el rostro con las manos y se puso a sollozar. De pronto apartó sus manos, y mirando furiosamente a Maury a través de sus lágrimas rugió:

—Es mi padre, ¿comprende? ¡Así que no me importa que ustedes desistan cruzándose de brazos! Yo seguiré buscando. Le buscaré hasta en los más remotos confines del planeta... ¡y le encontraré!

Peter bajó sus ojos sobre el plato sin contestar. Repentinamente, Jean apartó su silla y se puso en pie cruzando rápidamente el comedor seguida de la mirada de curiosidad de los comensales.

El rostro de Maury estaba rojo cuando Temperton le miró.

—¿Por qué la trajo aquí?— rugió el policía.

Temperton se encogió de hombros. Un botones del hotel llegó con una bandeja y un telegrama.

—¿Mister Maury? Un telegrama para usted.

Peter tomó el papelito azul.

—Con su permiso—dijo sin mirar a Temperton. Y lo abrió. Era un telegrama del capitán Branson Roberts.

Peter leyó para sí: «LE FELICITO STOP SE HA LUCIDO USTED STOP REGRESE ESTADOS UNIDOS PRIMER AVION STOP.»

—¿Malas noticias?—preguntó Temperton indiferentemente advirtiendo la contracción de los músculos faciales del detective.

—Los amos exigen una víctima—repuso Peter doblando el papel del telegrama—. Debo regresar inmediatamente a los Estados Unidos para poner mi cabeza bajo el hacha del verdugo.

Henry Temperton se echó a reír por lo bajo.

—¿De qué se ríe usted ?—inquirió Peter agresivamente.

—Estaba pensando que el género humano es igual en todas partes. Siempre tiene que haber una víctima. Y la víctima es siempre aquel que se encuentra en el escalón más bajo de la escala jerárquica.

Maury no estaba en aquel momento por la filosofía.

—¿Se quedará usted aquí con la seporita Heinze—preguntó.

—No me es posible. Solo vine a traer a Jean, pero debo emprender en seguida el regreso a los Estados Unidos. Si usted quiere puede contar con una plaza en mi hidroplano.

—Gracias, acepto—dijo Peter pensando en el tiempo y las incomodidades que se ahorraría regresando con Temperton directamente desde Antofogasta sin tener que embarcarse para Valparaíso.

—Zarparemos a las seis—dijo el millonario poniéndose en pie.

—Naturalmente, convencerá a la seporita Heinze para que regrese con nosotros.

—Eso espero. ¿Qué podría hacer ella aquí, sola, si usted se marcha dando por concluidas sus investigaciones?

Peter quedó solo ante la mesa con sus reflexiones.

* * *

Una lancha automóvil llevó a los pasajeros hasta el costado del hidroavión. Miss Heinze. Henry Temperton y Peter Maury pasaron sucesivamente a bordo del aparato, el cual tenía su interior dispuesto como un avión de pasajeros, con cómodos sillones reclinables y un lavabo y una pequeña cocina en el compartimento de popa.

Un piloto, un copiloto radiotelegrafista y un mecánico formaban la tripulación del «Catalina». Este acababa de ser repostado de combustible y estaba listo para despegar.

—Tomen asiento a su comodidad— dijo el millonario abarcando con un ademán todo el espacioso interior del hidroplano—.

Considérense como en su casa.

Jean Heinze se dejó caer suspirando en uno de los sillones y Peter lo hizo a su lado en silencio. Mientras despegaban, el rostro de la muchacha permanecía obstinadamente vuelta hacia la línea de la costa que se deslizaba estribor del hidroplano. Luego, el aparato viró hacia tierra y Antofagasta se mostró unos instantes a sus ojos antes de quedar atrás oculta por los cerros que le daban asiento.

Con el rabillo del ojo. Peter espiaba la expresión angustiada de la chica y parte de aquella ansiedad azotaba su espíritu también. Mirándola así de cerca, bebiendo literalmente la belleza de sus ojos azules, el aterciopelado de sus mejillas, el perfil de su breve naricilla y la curva exquisita de sus labios, Peter se dijo una vez más que la amaba Y en su ánimo se hizo certeza el temor de que nunca él podría consolarse, que nunca podría resignarse a la triste idea de no haberla sabido ganar para su corazón.

Ella de pronto, se volvió con aquella su acostumbrada vivacidad. Y al sorprender en los oíos del hombre su angustia y su anhelo, involuntariamente se sintió enrojecer. .

De pronto la muchacha volvió el rostro hacia la ventanilla. Luego, tras un largo silencio, dijo

—Si yo tuviera que dejarme llevar de mi instinto, rogaría a Temperton que volviera atrás y me dejara en esa ciudad. Un presentimiento me dice que papá está cerca de aquí.

El tema ya había sido discutido anteriormente y Peter prefirió callar.

—Dígame una cosa al menos, Peter—dijo ella volviendo sus luminosos ojos. Y al hombre le emocionó escuchar su nombre en los labios de la mujer querida—. Dígame una cosa. ¿Cree al menos que recibirá buen trato de los hombres que le secuestraron?

—Sin duda alguna—Peter se interrumpió para añadir pensativamente—: Al menos mientras el profesor no se niegue a sus exigencias.

—¿Querrán hacerle hablar, verdad? Tal vez le torturen hasta hacerle declarar todo lo que sabe—. La chica se retorció sus largas y pálidas manos. Parecía que iba a llorar de nuevo—. Peter, mi padre no se merecía esto. El nunca hizo daño a nadie a sabiendas de lo que hacía. Y aunque ayudó a fabricar la bomba atómica su espíritu jamás estivo torturado por la duda de si obró bien o mal. Porque él creía firmemente que todo progreso aportado por la ciencia puede ser bueno si los hombres lo encaminan a buen fin... igual que hasta una hoja de afeitar puede resultar mala si la maldad de los hombres

la utiliza para desollar a un inocente… El era solamente un científico. Su trabajo consistía en descubrir cada día cosas ignoradas… y dejaba a los políticos y a la sociedad en general elegir entre el uso bueno o malo que se daría a sus descubrimientos. Peter ¿cree usted que estaba equivocado?

—No, Jean—repuso Maury sacudiendo la cabeza—. **No.**

—Sin embargo—prosiguió ella—, otros hombres le han arrancado de su hogar valiéndose de la amenaza y la violencia. Hombres que usan de la violencia para la consecución de sus fines, no pueden ser hombres buenos… Y papá comprenderá eso y se negará a poner en sus manos ningún de los secretos de que es poseedor. Por lo tanto, Peter… los hombres que le han secuestrado tendrán que recurrir a la violencia… a la coacción y la tortura para arrancarle sus conocimientos… ¡y yo le conozco para saber que se dejará matar antes que ceder a uno solo de los malvados deseos de esos hombres!

Peter guardó silencio. Le admiraba la segura confianza de la muchacha en la fortaleza de espíritu y la incorruptibilidad de su padre. Una confianza tan firme que, de ser cierta, haría peligrar la vida de August Heinze. Sin embargo, Peter sabía que la vida del sabio no estaba expuesta a tan grave peligro. Con el uso de las drogas hipnóticas, los secuestradores de Heinze no tendrían necesidad de recurrir a los sistemas de tortura medieval para arrancarle sus secretos.

—No se preocupe, Jean—dijo cuan suavemente le fue posible—. Su padre no sufrirá. Vencerán su voluntad administrándole algunas drogas… y él ni siquiera sabrá que está traicionando a su patria de adopción hasta que la traición esté consumada.

—Eso sería para mi padre peor que la misma muerte—dijo Jean sollozando mansamente—. Si él al despertar de su sueño se diera cuenta de lo que había hecho, el dolor y la vergüenza le matarían lentamente torturándole hasta el fin de sus días. Jamás querría volver a los Estados Unidos… aunque es tontería decir que no querría cuando seguramente jamás se le permitiría volver.

Esto era justamente lo que pensaba Peter, si bien se abstuvo de decirlo. Henry Temperton pasó en este momento por el pasillo entre la doble fila de asientos, se detuvo a mirar a la chica, y dijo:

—Voy a preparar una taza de café.

Se alejó desapareciendo en la pequeña cocinilla del compartimento de popa. Peter sacó el pañuelo del bolsillo superior de su americana y se lo ofreció a la chica. Ella lo aceptó. Y cuando

se lo devolvió momentos más tarde, húmedo de sus lágrimas, Peter lo guardó como un tesoro prometiéndose a sí mismo no usarlo jamás para que jamás materia extraña enturbiara la pureza de la sal depositada por aquel llanto.

Esto era un pensamiento inconfundiblemente Romántico, lo cual venía a demostrar lo que un amor—sobre todo cuando no es correspondido— es capaz de hacer en un hombre eminentemente práctico, que ha pesado 30 años de su vida burlándose de los poetas.

Repentinamente, el trueno de los motores cambió su diapasón y toda la máquina experimentó un estremecimiento que hizo sobresaltar a Peter.

Henry Temperton apareció en la puerta de la cocinilla y avanzó rápidamente por el pasillo.

¿Qué ocurre?—le preguntó Peter—. Parece que se haya parado uno de los motores.

—Voy a ver—dijo Temperton siguiendo adelante hasta la cabina de los pilotos.

El motor del lado que ocupaban los jóvenes seguía girando, pero Peter abandonó su asiento y se asomó a la ventanilla de babor viendo cómo, en efecto, se había detenido la hélice del motor de aquel lado. Miró abajo, asociando mentalmente la idea de una avería con los peligros de un aterrizaje forzoso.

Estaban volando sobre las montañas, cerca al parecer de las estribaciones de la cordillera. Mal lugar para que un hidroplano pudiera realizar con éxito un aterrizaje forzoso.

De pronto. Peter advirtió que el avión se inclinaba y estaba virando sobre un ala. Jean vino hasta él y le puso una mano sobre el brazo. Parecía ligeramente asustada. En este momento reapareció Temperton. La expresión de su rostro era tranquila. Sonrió:

—No se alarmen. Uno de los motores se ha detenido, pero ya saben ustedes que estos aparatos están construidos para que puedan seguir volando con un motor cuando falla el otro.

—¿Hemos dado la vuelta?—preguntó Maury.

—Sí. Intentaremos regresar a Antofogasta.

—¿Por qué dice que lo intentaremos? ¿No es capaz este avión de regresar con un solo motor en marcha?

—Sí—repuso Temperton—, Mientras no fallen los dos. Y eso es lo que el piloto teme que ocurra de un momento a otro. Perdóneme —dijo el millonario adoptando una actitud grave—. Voy a regresar con los pilotos. Tomen asiento y no se preocupen.

Los dos jóvenes se miraron. Peter dijo echándolo a broma:

—Su instinto le decía que no debía abandonar Chile. ¿Ha influido ese presentimiento suyo en los motores del avión?

El «Catalina» dio un bandazo brusco que arrojó a Peter sobre el asiento, y a la muchacha encima de él. Peter la rodeo con sus brazos echándose a reír. Ella, las mejillas arrebolas, hizo un mohín de enfado y abandonó el acento de sus rodillas yendo a sentarse en un sillón del otro lado del pasillo.

El hidroplano estaba perdiendo altura. Peter miró a través de los cristales alanzando a ver allá abajo la extensión tranquila y azulada de un lago, El «Catalina» dio una vuelta como explorando las posibilidades de posarse en aquel lago. Temperton salió de la cabina.

—¿Qué ocurre ahora?—le preguntó Peter.

—Vamos a acuatizar en un lago. E[1] segundo motor está fallando y el piloto teme que no podamos llegar a Antofogasta. Así que tomaremos por lo seguro acuatizando aquí y veremos de arreglar esa avería. Pónganse los cinturones de seguridad, por favor.

De nuevo Temperton les dejó solos. El «Catalina» dio una vuelta y se posó con suavidad sobre el agua. En la cercara orilla. Maury divisó una choza junto a un corral en el que trotaban algunos caballos. Una columna de humo salía por la chimenea de la casa.

El hidroplano perdió velocidad y finalmente se detuvo cabeceando suavemente. Temperton salió sonriendo de la cabina de los pilotos.

—¡Magnifico, amigos!—exclamó como si la aventura le satisficiera sobremanera—. Estamos a salvo en un paraje encantador. ¿Han visto ese rancho? Quizá tengan allí algún automóvil con el que podamos regresar a Antofogasta en caso que no fuera posible reparar la avería con rapidez. Seporita Heinze, la invito a dar un paseo en balsa hasta aquella casa. ¿Quiere usted venir?

—¿No estamos bien aquí?—repuso la chica mirando en derredor.

—Sí, por el momento. Pero nos encontramos a mucha altura sobre el nivel del mar, y las noches deben ser muy frías en estas montañas. Observe que todavía hay nieve en los picos. En el rancho estaremos más calientes y podremos dormir... lo que no es seguro que hagamos aquí con los mecánicos moviéndose arriba y abajo mientras reparan la avería.

Las razones de Temperton parecían bastante convincentes y Jean

se dejó arrastrar por la tentación que ofrecía una buena cama en un lugar caliente.

Los mecánicos, a una orden de Temperton, echaron al agua una de esas balsas de goma que se inflan por sí solas al tirar el cordón que destapa una botella de anhídrido carbónico. Mientras se llevaba a cabo esta operación y los viajeros embarcaban, la noche caía con rapidez.

Peter tomó uno de los remos y Temperton el otro. En la orilla hacia la cual bogaban vieron un par de hombres que parecían seguir con interés cada uno de sus movimientos. Al aproximarse la balsa de goma, los dos hombres entraron en el agua y se agarraron a las cuerdas tirando de la embarcación hasta dejarle en seco sobre la playa. Eran indios y vestían al estilo del país holgadas camisas y listados «ponchos> de grueso tejido.

En el mismo instante que la balsa quedaba sobre la arena y Temperton echaba pie a tierra, uno de los motores del hidroplano arrancó con estruendo. Peter, todavía sobre la balsa, se volvió.

—Espero que sus hombres arreglen pronto esa avería—murmuró.

Y como para satisfacer los buenos deseos de Peter, el segundo motor del «Catalina» arrancó a su vez uniendo su poderosa voz a su motor gemelo.

—¡Hola!—exclamó Maury con sorpresa—. Pronto encontraron ese fallo. Los dos motores se han puesto en marcha. Me parece que ya podemos volver.

Peter miró a Temperton, que estaba sobre la playa observándole fijamente con una extraña expresión en su rostro.

—¡Miren!—gritó Jean Heinze extendiendo el brazo—. ¡El avión se está moviendo!

El policía miró al hidro. Este, en efecto, había echado a andar y se movía cada vez con mayor rapidez sobre el agua.

—¡Oiga!—exclamó volviéndose hacia Temperton—. ¿A dónde van ésos? ¿Es qué van a despegar sin nosotros?

—Sí, sepor Maury.

—¿Qué?—Peter saltó de la balsa a la playa y se acercó al millonario. Miró hacia el lago, por el cual se deslizaba rábidamente el hidroavión, y gritó—: ¿Qué significa esto, míster Temperton?

—Solo significa que el hidroavión prosigue su viaje, pero ustedes se encuentran donde deseaban estar.

Una terrible sospecha penetró como un rayo en el cerebro del

teniente Maury.

CAPITULO VI

¡Usted fue quien planeó el secuestro del profesor Heinze!—exclamó Peter apuntando a Temperton con el índice.

—No es usted muy listo al fin y al cabo, polizonte—repuso Temperton riendo—. Le ha costado bastante llegar a tan certera conclusión.

——¡Ah, maldito farsante!—chilló Maury,

Miss Heinze dejó escapar un grito cuando Peter se abalanzaba sobre el millonario y le derribaba de un puñetazo en la barbilla.

Los dos indios, espectadores impasibles hasta entonces, saltaron hacia Maury. Uno de ellos saco de entre los pliegues de su «poncho» un cuchillo afilado, y fue el primero en rodar por la arena salitrosa de la playa alcanzado en la nariz por el puño del americano.

Al volverse para hacer frente al segundo, Peter pudo ver a tres o cuatro hombres que irrumpían por la puerta del rancho empuñando cada uno un fusil.

Peter comprendió entonces que su causa estaba irremisiblemente perdida. Se había dejado coger en una trampa, sin haber sospechado un momento del hombre que le conducía a ella con la inocencia de un cordero. Y la furia que el saberlo le produjo puso en su puño la fuerza de un ariete al golpear al indígena.

El indio cayó desvanecido al suelo. Jean lanzó un grito. Peter se volvió encontrándose ante Temperton que le apuntaba con una pistola.

—No siga por ese camino, Maury—dijo el millonario—. Si no está quieto le mataré.

—Creo que es perfectamente capaz de hacerlo—dijo Maury dejando caer sus brazos con un suspiro.

Los indios le rodearon apuntándole con sus fusiles. Temperton dio una orden; una orden tajante, imperiosa, pronunciada en una lengua exótica ininteligible. La misma lengua con lejanas reminiscencias incas que ni Hayes ni el profesor Boardman pudieron entender. Peter presintió entonces que se encontraba a las puertas de algo insospechado, terrible e increíble. Y aunque éste fuera un sentimiento absurdo, casi se alegró de encontrarse allí.

Jean Heinze se acercó y puso sus manos sobre el brazo de él.

—Peter—dijo en voz baja—. ¡Tengo mucho miedo!

Temperton lo oyó.

—No tiene nada que temer, Jean—dijo con acento amable—. Deseaba usted estar con su padre, y va a reunirse con él. También he querido dar una satisfacción al sepor Maury. No era justo que después de tomarse la molestia de venir a Chile, tuviera que volver a su país fracasado y sin haber podido encontrar al profesor Heinze. Espero que los dos se sientan contentos...

—Estamos muy contentos—dijo Peter con ironía.

Temperton habló a los indios en su extraña lengua. Dos de los hombres se alejaron hacia el rancho y uno de ellos se acercó a Peter con una cuerda.

—Lo siento, teniente—se excusó Temperton—. Tenemos que atarle. Pronto habrá oscurecido y vamos a realizar una excursión a caballo durante la que acaso pudiera sentirse tentado de probar a fugarse. No podría ir muy lejos, desde luego. Pero acaso nos viéramos en la necesidad de disparar contra usted, lo cual siempre es desagradable...

Maury se dejó atar sin resistencia. Los indios llegaron del pequeño rancho trayendo media docena de caballos. Solo dos de ellos tenían silla Miss Heinze fue obligada a montar en uno de estos. Temperton dijo, ya con el pie en el estribo del otro:

—Como tejano, espero que pueda hacer honor usted a la fama de buenos jinetes que gozan sus Páisanos, montando ese caballo sin silla.

—No se preocupe por mí, Henry—dijo Peter sarcásticamente—. Ya me las arreglaré.

Peter montó asiéndose a las crines del caballo y la comitiva se puso en marcha. Durante la primera parte del camino, hasta que llegaron a la montaña, siguieron un sendero de cabras Luego se apartaron de la senda tomando por el pedregoso fondo de una barranca que se internaba en un desfiladero.

La luna apareció oportunamente en el cielo para que los guías pudieran seguir conduciendo la pequeña caravana por entre picos y vericuetos, atravesando un terreno fragoso donde posiblemente ningún ser humano había puesto su planta antes de ahora.

En el ánimo de Peter Maury, la idea de que iba a ver confirmada la teoría de los eruditos Hayes y Boardman, respecto a la posible existencia de un pueblo antiquísimo perdido entre uno de los recónditos pliegues de la cordillera de los Andes, iba abriéndose

paso a medida que se internaban más y más en aquellas soledades de muerte donde hasta los misérrimos matojos crecían con dificultad.

La noche era muy fría. Temperton, siempre atento con Jean Heinze, había hecho que uno de los indios entregara su capote a la muchacha. El propio Temperton se había puesto previsoramente una chaqueta de cuero al abandonar el hidroavión. Pero Peter seguía con su ligero traje de entretiempo y castañeaba los dientes frioleramente.

Al filo de la medianoche, Maury hacía rato que desistiera de fijar en su memoria los detalles del camino para un posible regreso. Aterido de frío, hambriento, pesimista y bastante cansado, el camino se hizo para en adelante una especie de pesadilla por la que él atravesaba medio dormido. Luego, hacia las dos de la madrugada, el camino empezó a bajar y Peter se espabiló presintiendo cerca el término de aquella cabalgata nocturna.

* * *

Las montañas estaban ante ellos; altas, macizas, imponentes con sus enhiestos picachos cubiertos de nieve. Maury se preguntó si sus guías se propondrían escalar aquellas cimas también, cosa que apreciada desde el fondo oscuro del valle parecía imposible…

Pero el sendero dobló bruscamente internándose entre altos montones de tierra y cascotes, y Peter comprendió muy pronto cuál iba a ser la naturaleza del camino que iban a seguir para trasponer aquellas montañas. Ante sus ojos acababa de surgir de improviso la boca de un pasadizo excavado en la roca.

A la memoria de Maury acudió entonces el recuerdo de un viejo «film» basado en una gran novela: «Horizontes Perdidos.»

¿Sería este pasadizo, como el de la novela, el camino secreto hasta el escondido valle encajado entre las inaccesibles montañas? ¿Habitaría en aquel remoto lugar un pueblo desconocido y antiquísimo, fiel continuador de las costumbres, la cultura y la lengua del gran imperio Inca que allí floreció con anterioridad al descubrimiento de América?

Los cascos de los caballos resonaban con lúgubres ecos en el suelo de roca del túnel. Brillaron las luces de algunas linternas eléctricas, y un hálito tibio envolvió a los ateridos viajeros haciendo reaccionar los agarrotados músculos de Peter Maury.

Se preguntó si no estaría soñando. Y se preguntó si la realidad

no superaría a la fantasía de la obra antes mencionada. Cualquier cosa imprevista podía ocurrir de un momento a otro. Y Peter estaba preparado para acoger lo que viniera… aunque quizá no para encontrarse con aquello que de pronto descubrió.

Los caballos acababan de recorrer el último trecho del pasadizo hasta su boca iluminada por un gran resplandor. E inesperadamente, la cabalgata irrumpió en una enorme gruta brillantemente iluminada por potentes focos eléctricos.

Era una caverna de altos techos de colgantes estalactitas, pero no del todo debida a la obra de la naturaleza. Algunas naves laterales parecían haber sido excavadas a pico con ayuda de altos explosivos. Muchos de los pilares habían sido reforzados con hormigón, y el húmedo pavimento estaba formado por una capa de brillante asfalto.

Algunos hombres que vestían holgados overoles grises se movían por allí. Pero la atónita mirada de Maury pasó rápidamente sobre ellos para clavarse en algo que realmente no esperaba encontrar en este escondido lugar; una potente y aerodinámica locomotora «Diesel» eléctrica enganchada a un vagón largo y rojo, inmóvil sobre sus rieles arrimada a un andén. La gruta era en realidad la estación de un ferrocarril subterráneo.

Peter se volvió hacia Temperton, que le estaba observando con expresión divertida.

—Nuestro viaje ha terminado—dijo el millonario mientras desmontaba. Y señaló a la locomotora—: Al menos, en su etapa más incómoda.

—Dónde estamos?

—Todavía estamos en Chile. Pero pronto nos encontraremos muy lejos de él, en un lugar donde a nadie se le ocurriría venir a buscarles jamás. Desmonte ahora, teniente. Vamos a librarle de sus ligaduras.

Peter desmontó. Jean Heinze echó pie a tierra y se le acercó como si buscara instintivamente su reconfortadora proximidad. Estaba muy pálida y le brillaban los ojos de excitación. Uno de los indios de la escolta cortó las ligaduras de Maury con un cuchillo. Temperton estaba hablando con un hombre moreno y alto.

Una nueva escolta de soldados armados de pistolas ametralladoras se acercó para relevar a los indios. En realidad, estos soldados de overol gris y capacete de acero, eran tan indios como los otros. Solo sus ropas eran distintas. Y sus armas lo eran también.

Eran unas armas extrañas, de cañón ancho y aplastado. Sus

proyectiles (suponiendo que los dispararan) nunca podrían ser como las balas. Tendrían que ser aplastados, quizá como pequeñas monedas.

La escolta de reemplazo empujó a la muchacha y al policía hacia el vagón largo y rojo. Subieron y se dejaron caer en uno de los anchos asientos.

—¿A dónde nos llevan. Peter?—preguntó Jean—. ¿Tiene al menos alguna idea?

—Probablemente a algún pequeño y remoto país enclavado entre las montañas... un lugar a donde nadie llegó jamás y sobre el cual nunca voló un aeroplano.

—¿Como en «Horizontes Perdidos»?

—Sí—repuso Peter sorprendiéndose de aquella coincidencia de ideas—. Como en «Horizontes perdidos». Solo que aquí vamos a hacer el viaje en ferrocarril a través de un túnel.

Temperton reapareció en este momento y, sonriendo, fue a ocupar el asiento frontero al de los dos prisioneros.

Los soldados de la escolta se acomodaron detrás y al otro lado del corredor que había entre la doble fila de asientos. El tren arrancó silenciosamente dando una pequeña sacudida.

—¿Contenta, miss Heinze?—preguntó Temperton—. Pronto podrá usted ver a su padre. Creo que era eso lo que deseaba ¿no?

—Usted equivoca de toda intención mis verdaderos deseos, sepor Temperton—repuso la chica serenamente—. Yo quería verme junto a mi padre, pero no cautiva al mismo tiempo que él, sino libres los dos en nuestra casa de Rockaway Beach.

—Lo comprendo. Sin embargo, como ese íntimo deseo no podrá realizarlo jamás, espero que al menos acepte con resignación y agradecimiento la oportunidad de vivir con su padre... aunque no sea en su casa de los Estados Unidos. Los dos podrán trabajar juntos como hacían en Rockaway Beach... Y puedo asegurarle que no echará a faltar ninguna de las comodidades de su antiguo hogar.

—Dígame una cosa. Temperton—dijo Maury—. ¿Para qué diablos necesitaban ustedes secuestrar a un sabio atómico?

—Solo para una cosa, Maury—repuso el millonario—. Para que nos ayude a hacer estallar una bomba atómica.

—¿Trabajan ustedes por cuenta de algún gobierno quizá? ¿Qué parte tiene Chile en esto?

—Incidentalmente. Chile es la única puerta de salida de nuestro escondido mundo, y ésa es toda la lejana relación que existe entre

nosotros. Pero Chile, como el resto del planeta hasta ahora, nos ignora por completo. No sabe que estamos aquí. Es decir: allí.

—¿Por qué establece esa diferencia entre el «aquí» y el «allí»? ¿No está enclavado el pequeño país de ustedes dentro del territorio de Chile?

—No.

—¿En Bolivia, acaso?

—No—Henry Temperton se echó a reír—. ¿Pero, hacía dónde creen ustedes que vamos ahora, mis queridos amigos?

—Alla en Nueva York, un eminente arqueólogo americano me habló de la posibilidad muy remota de que perdurara en algún ignorado rincón de Sud América, un pueblo o una tribu aislada de nuestra civilización que conservara todavía los usos y costumbres de los antiguos incas… inciuido su dialecto y su escritura. Usted dirá si estas sospechas son descabelladas o si…

—La idea no es en absoluto descabellada, sepor Maury—dijo Temperton sonriendo—. Ciertamente, existe ese pueblo perdido. Pero no se trata de una pequeña tribu… ni de una raza que se haya conservado a través de los siglos en las primitivas costumbres de nuestros antepasados. Lógicamente, si ustedes han evolucionado rápidamente en el transcurso de apenas cinco mil años, no hay una razón para que nosotros no prosiguiéramos también nuestra evolución que ya llevaba enorme delantera a las razas de Europa cuando sobrevino el cataclismo que nos aisló del resto del mundo.

—¿Ha dicho… que un cataclismo les aisló? —balbuceó Maury sintiéndose a las puertas del gran misterio que acaso desembocaban en un nuevo e ignorado mundo.

—Ustedes solo conocen cinco continentes —dijo Temperton—. Cinco solamente; Europa, Asia, África, América… y Oceanía.

—¿ Es que acaso… existe algún otro que haya escapado a nuestra vista?—preguntó Peter incrédulo.

—Existe un sexto continente, amigos míos. La Atlántida.

—¡La Atlántida!— exclamó Maury pegando un brinco que le puso de pie bajo la atenta y desconfiada mirada de los soldados de la escolta—. ¡Dios mío! ¡Pero la Atlántida no existe… no hay siquiera evidencia de que haya existido jamás!

—Ha existido—aseguró Temperton con aplomo—. Y sus habitantes, desplazados del continente por las aguas del océano, han seguido sucediendo de generación en generación aquí en el ignoto mundo donde vinieron a refugiarse.

—¿Aquí?—preguntó Peter estupefacto—. ¿Dónde?

—Aquí, en el centro de la Tierra.

Peter Maury se dejó caer anonadado en su asiento.

CAPITULO VII

Abarcando con un ademán el paisaje que se dominaba desde las ventanillas del tren, Henry Tumperton preguntó con voz opaca:

—¿Y bien? ¿Qué les parece nuestro mundo?

Peter, a lo pronto, no contestó. Aunque llevaba horas preparándose para cualquier sorpresa, lo que ahora veía le sorprendió.

Ningún paisaje de la Tierra podía compararse a éste en soledad, en aridez, en vacío, en violenta y trágica grandeza. El espacio a su alrededor y por encima de él era inmenso. La vista, sin limitación de curvados horizontes, se tendía recta hasta el infinito. Y en todo cuanto el órgano ocular abarcaba, éste no dominaba sino aguzados conos volcánicos empenachados de humos amenazadores, desolados desiertos de lava petrificada e inabarcables extensiones de polvo, de cenizas y de escorias.

El tren cruzaba veloz este dantesco paisaje; atravesaba abismos y se internaba en una inacabable sucesión de oscuros túneles. Y aquí y allá, se deslizaba junto a la peligrosa vecindad de horrendos pantanos de lava que hervía en densas y humeantes burbujas.

\

El infierno imaginado por las criaturas que habitaban allá en ardiente superficie exterior del globo, debía ser aproximadamente así.

—Al menos por el aspecto, su mundo no parece muy agradable —dijo Maury finalmente —No. No lo es—la mirada de Temperton se ensombreció. Y en sus ojos había odio y resentimiento al contemplar el torturado paisaje. Un paisaje gris, polvoriento, bajo un inclemente sol que no era sol, sino un fenómeno eléctrico que restallaba en lo alto irradiando una resplandeciente luz sin sombras —. El destino que nos arrebató nuestra feliz Atlántida, no nos dio en compensación un mundo demasiado amable.

—¿Cómo pueden vivir aquí?—preguntó Jean Heinze, asustada.

—No vivimos. Simplemente luchamos por sobrevivir... y lo conseguimos algunas veces. Miren a su alrededor. ¿Qué creen que pueda ofrecer este terreno volcánico? Apenas es posible cultivar en

él cuando tenemos agua a mano. Y el agua es bien escasa aquí. Tenemos nuestras zonas de cultivo, sí. Pero son pocas. Nunca fueron suficientes para alimentar a nuestro pueblo. Durante milenios, los atlantes hemos vivido arrastrando una existencia de privaciones, siempre amenazados por el fantasma del hambre... —Temperton se interrumpió, y una ráfaga de optimismo cruzó su rostro—. Afortunadamente, todo esto va a terminar pronto.

—¿Por qué no se dan a conocer del mundo, comerciando e importando alimentos de otras partes?—preguntó Maury.

—¿Comerciar?—el rostro de Temperton dejó traslucir su profunda sorpresa—. ¿Importar? ¡Oh, no! Lo que el atlante quiere es abandonar este infierno... salir a la luz del día y vivir bajo el sol como todos los seres de la Tierra.

—Comprendo—dijo Maury.

Pero Temperton movió la cabeza negando.

—No. No lo comprende usted. Este mundo es en realidad un mundo inhabitable. Solo la necesidad imperiosa de luchar por la existencia y nuestra esperanza de escapar de aquí nos ha mantenido por espacio de miles de años. ¿Cree usted que ahora que finalmente hemos logrado asomar a la faz de la tierra vamos a resignarnos a continuar viviendo en este infierno?

—Bueno—dijo Peter encogiéndose de hombros—, ¿Quién les impide salir si ya tienen el agujero por donde escapar?

—Nadie todavía—repuso Temperton sombríamente—. Porque nadie sabe todavía que existimos. ¿Pero qué cree usted que ocurriría si de pronto empezáramos a salir por ese túnel... mil, diez mil... cien mil... un millón... hasta cien millones de atlantes? ¿Qué cree usted que ocurriría?

—¡Caramba!—exclamó Peter pegando un respingo— ¿son ustedes tantos? ¿Y todavía dicen que este mundo es inapropiado para vivir?

—Somos arriba de un centenar de millones de atlantes, Maury. Un centenar de millones de hombres, de mujeres y de niños hambrientos.,, una nación entera formada de muchas tribus que durante siglos pelearon entre sí en una lucha feroz e implacable por conseguir los mejores terrenos de cultivo, y que finalmente se unificaron bajo un solo mando para llevar a cabo la más gigantesca labor que ha conocido la humanidad; excavar año tras año, siglo tras siglo, una salida hacia ese mundo exterior en el que todos soñamos como una tierra de promisión. ¿Pero qué nación de allá afuera querrá asilar a cien millones de atlantes? ¿Cuál de entre esos

países estará dispuesto a cedernos una extensión de territorio suficiente para que podamos vivir en él cien millones de mujeres, de hombres y de niños? ¿Comprende usted el problema?

—Realmente, es todo un problema. Sin embargo…

—¿Cree usted que se podría arreglar?

—¿ Por qué no ? Hay arriba en el mundo sitio para cien millones de almas más.

—Usted es un frívolo, Maury. No le preocupa tanto nuestro problema que se detenga a pensar en él. Pero tiene aún reciente el caso de los judíos, Usted conoce cuántos problemas y conflictos ha creado la formación de un estado judío. Y los judíos podían al menos alegar antiguos derechos sobre el territorio que se les cedió. ¿Pero quién nos cedería a nosotros un territorio que habría de ser inmensamente mayor? ¿Quién querría admitirnos, cuando el mundo de ustedes está por el más encendido nacionalismo, y hasta los habitantes de la pequeña isla de Chipre demandan a sangre y fuego que se respete su independencia? Solo a un pueblo de necios se le ocurriría acudir a las Naciones Unidas en petición de un millón de kilómetros cuadrados de cualquier territorio para asentarnos en él. Ni los belicosos árabes de África nos tolerarían sobre el estéril desierto del Sáhara. En medida proporcionalmente mayor, ni siquiera los Estados Unidos con su cacareado espíritu filantrópico querrían cedernos su posesión de Alaska para que nosotros formáramos en ese territorio nuestra nueva patria. ¿O cree que consentirían?

—No, sepor Temperton—murmuró Peter moviendo la cabeza—. Realmente, no es el suyo un problema de fácil solución. ¿Cómo piensan resolverlo?

—¿Usted, cómo lo resolvería?

—No sé…

—Lo sabría usted si tuviera sobre sí la responsabilidad de procurar la felicidad de cien millones de almas. Entonces sí lo sabría.

—¿Ustedes no habrán pensado en la toma por la fuerza de cualquier territorio que reúna las condiciones ambicionadas por su pueblo, verdad?

—¿Por qué no?—repuso Temperton abruptamente—. ¿Acaso nos dejan ustedes otro camino viable hacia la consecución de nuestras ambiciones? ¿Es la nación atlante menos culta que la nación norteamericana? ¿Merecemos menos poseer un país tan rico como el suyo?

Maury guardó pensativo silencio.

—Están ustedes locos—dijo después.

El tren perdía velocidad y junto a la vía iban apareciendo diseminados grupos de árboles que se agarraban con sus retorcidas raíces a las grietas de las rocas. Un ancho valle con escalonados bancales de cultivos se abrió de repente ante los ojos de los viajeros. Y al fondo de este valle vieron surgir una resplandeciente ciudad.

—Llegamos al término de nuestro viaje —anunció Temperton con voz grave—. Esa es Atlante, la capital imperial.

Minutos más tarde el tren se detenía en una gran estación.

* * *

El edificio a donde los americanos fueron llevados estaba emplazado fuera de la ciudad, arriba de un plegamiento de lava petrificada, y correspondía por su estructura y aspecto al tipo común de construcciones que hacían de Atlante una ciudad pintoresca y extraña.

En un país donde los movimientos sísmicos eran tan frecuentes, los edificios habían tenido que ser ideados para sobrevivir a estos violentos terremotos, lo cual quería decir que tenían que ser construidos de materiales ligeros y altamente resistentes.

Así pues, las casas de los atlantes eran cuadradas, con una base ancha, de poca altura y construidas con una armazón de metales livianos, con tabiques de materias plásticas y paredes exteriores de un vidrio opaco elástico como el caucho, incombustible e irrompible.

Según Maury no tardaría en saber, estas casas carecían de cimientos. Y ocurría que cuando se producía un violento temblor de tierra, los edificios empezaban a danzar una danza infernal, chocando unos con otros, perdiendo su alineación y saliéndose en ocasiones al centro de las calles.

Después de cada uno de estos terremotos, potentes tractores se encargaban de tirar y empujar a las casas volviéndolas a poner en línea hasta que de nuevo se producía un terremoto y todo quedaba espantosamente revuelto y confundido.

En Atlante, y en general todas las ciudades de aquel extraño mundo, la psicosis de un cataclismo de tamaño universal flotaba en el ambiente dando a sus habitantes un carácter esencialmente pesimista. El atlante era un ser desdichado en milenaria lucha contra las adversas condiciones de su inhóspito mundo,

acostumbrado a ver arrasados sus campos con una lluvia de cenizas, o a ver sepultada por la lava su casa y su hogar.

La propia ciudad imperial estaba amenazada de inminente ruina.

Un cono volcánico que no existía al ser fundada la ciudad—el Tocuarnín—levantaba su aterradora mole coronada de perpetuas fumarolas a una distancia peligrosamente próxima.

Este volcán en sucesivas y frecuentes erupciones había ido formándose a sí mismo con el depósito de sus escorias y enviando valle abajo oleada tras oleada de lava hasta dejar sepultados los fértiles cultivos de la parte alta y amenazar de cerca a la capital.

La capital, por último, ofrecía un aspecto sucio, polvoriento y nada atractivo.

Este polvo, arrastrado por el viento desde las llanuras de cenizas y expulsado por los miles de volcanes en plena actividad, estaba en perpetua suspensión en la abrasada atmósfera y depositándose constantemente sobre el suelo, los muebles, las máquinas y las personas.

La primera sensación que experimentaban los forasteros que llegaban allí no era de extrañeza, de asombro ni horror. Simplemente de sed. Una sed seca, asfixiante, que solo una larga y penosa aclimatación era capaz de mitigar con el tiempo.

Dentro del amplio edificio con grandes ventanales donde miss Heinze y Peter Maury fueron llevados, sin embargo, la atmósfera era limpia y tenía un adecuado índice de humedad, gracias a los modernos sistemas de acondicionamiento de aire. Allí, Henry Temperton hizo una seña a Maury para que aguardase y se alejó en compañía de Jean.

La escolta había quedado en la estación y durante su corto viaje a través de la ciudad, solamente Temperton y el silencioso conductor del automóvil acompañaban a los sorprendidos prisioneros.

Mientras Maury esperaba en aquella habitación grande y luminosa, todo el edificio se estremeció sacudido por un poderoso y desgarrador rugido. Peter se acercó a la ventana y vio pasar en vuelo bajo una escuadrilla de reactores que se alejaron hasta perderse en la neblina que era una de las características de la atmósfera de aquel mundo.

La oculta Atlántida no era pues un país pequeño, pobre ni industrialmente débil._ Si los atlantes decidían guerrear para conquistar el país que ambicionaban, la Tierra iba a encontrar en esta nación desesperada un enemigo al que no sería fácil aplastar.

Henry Temperton reapareció al cabo de un rato v, de pie en el centro de la habitación, se quedó mirando a Peter con aires pensativos.

—¿Y bien?—preguntó Peter—. ¿Qué piensan hacer de nosotros?

Este debía ser el problema que preocupaba a Temperton en aquellos precisos instantes, pues dijo:

—En lo que a la seporita Heinze respecta no hay problema. Ella seguirá trabajando con su padre por lo pronto, reservándole el futuro la opción a convertirse en mi esposa o continuar su carrera científica. Se había dado usted cuenta que estoy enamorado de ella?

—Sí.

—Bien—dijo Temperton—. Hablemos de usted. Nuestro país no tolera a gentes ociosas. Tendremos que darle alguna ocupación que justifique su presencia en Atlántida. Maury… he de decirle una cosa.

—¿Sí?

—No lo tome con ese aire irónico. Quiero que sepa que no debería estar usted aquí… que no puede permanecer en este país a menos que acceda, a colaborar con nosotros. ¿Recuerda lo que hablamos allá en Antofogasta? Usted recibió un telegrama de sus superiores ordenándole regresar a los Estados Unidos, y dijo algo a propósito de si su cabeza iba a rodar para aplacar la cólera de sus jefes por su fracaso en el asunto del profesor Heinze…

Peter miró atónito a aquel hombre. Tuvo un primer impulso de protestar, pero se contuvo. Deseaba ver hasta dónde llegaba la estupidez de Temperton, y éste no se hizo de rogar.

—Maury—continuó—. Le tengo por un buen muchacho y le aprecio. Voy a hacerle una proposición. Colabore voluntariamente con nosotros. Su carrera como policía habría terminado si hubiera regresado a los Estados Unidos. ¿No es cierto que le hubieran arrojado del Cuerpo, o al menos le habrían degradado? Usted pensaba eso cuando hablaba conmigo en Antofogasta…

Peter frunció fuertemente los labios. Estuvo pronto a exclamar:

«¡Imbécil! ¿Pero creyó que yo hablaba en serio? ¿Que iban a expulsarme del F. B. I., ni siquiera a rebajarme de grado? ¡Aun como no pensó que mis palabras eran literales y me iban a cortar la cabeza!»

Pero no dijo nada de esto. Entre otras cosas, porque estaba en Atlante y no podía rogarle a Temperton que le deiara salir, ni siquiera haciéndole ver su error. No se lo permitirían.

—Bueno—dijo Peter a regañadientes—. Supongamos que me hubieran expulsado del F. B. I. Yo habría tomado otro empleo y

estaría ahora paseándome libremente por Nueva York. ¿Por qué me trajo aquí, Temperton?

—En primer lugar—repuso Temperton—porque confiaba en poder utilizar en beneficio de Atlántida su desengaño y su amargura. Y en segundo lugar, porque me regocijaba lo lejos que todos ustedes habían estado de la verdad y quería que viera usted esto por sus propios ojos. Pero quizá me haya equivocado—la mirada de Temperton se clavó escrutadora en el impasible rostro de Maury—. Quizá siga usted fiel a sus sentimientos patrióticos, y prefiera ser ahorcado a colaborar con nosotros en contra del mundo exterior.

—No deseo ser ahorcado—dijo Maury concisamente. Lo cual era al fin y al cabo verdad, sin que por esto fuera verdad que deseara colaborar con aquella pandilla de locos que empezaba a entrever.

—En principio—dijo Temperton entrecerrando sus ojos—nosotros no queremos ningún mal para el mundo exterior. Pero necesitamos un territorio; por ejemplo el Brasil o la Argentina. Suponemos que estos países no se dejarán conquistar, y por eso necesitamos ser tan fuertes como actualmente lo son los Estados Unidos y la Unión Soviética. Si esos dos países no se han arrojado todavía el uno sobre el otro por temor al empleo de las bombas atómicas, nosotros esperamos que por el mismo temor se nos deje en paz si ocupamos el Brasil. ¿Comprende por qué nos es necesaria la bornea atómica?

—¿Quiere usted decir que esperan que no habrá verdadera guerra si atacan al Brasil o la Argentina?—preguntó Peter atónito.

—¡No la habrá, su mundo no querrá verse enredado en una guerra que sería fatal para todos… a excepción de nosotros. Considere nuestra posición. Nosotros estamos a salvo aquí abajo. Nadie puede entrar aquí para bombardear con bombas atómicas nuestras ciudades y nuestras fábricas. Ni siquiera la contaminación de la atmosfera por la radiactividad de las bombas llegaría a perjudicarnos. ¿No tenemos todos los triunfos en la mano?

Peter Maury admitió para sus adentros que esto último era una aterradora verdad. La naturaleza que por espacio de milenios había estado en contra de los atlantes, estaba ahora a su lado y les favorecía.

—Sí—repuso Peter cautamente—. Me parece que sí.

—En estas condiciones ¿por qué no apuesta usted por el seguro vencedor?

—¿Qué tendría que hacer?—preguntó Peter cavílando la manera

de ganar tiempo al tiempo.

—Propaganda. Propaganda basada en el desprecio que la raza blanca siente por los indios y mestizos de indio americano. La Atlántida se propone reivindicar su paternidad sobre todos los grupos raciales auténticamente americanos, considerando como nuestros descendientes directos a los incas, mayas, aztecas y tribus derivadas de éstos. Desde la frontera de Méjico al Cabo de Hornos, todo el continente americano debe levantarse contra sus opresores blancos agrupándose en torno a la causa de la futura gran Atlántida.

—Comprendo.

—¿Acepta, pues?

Peter Maury asintió lentamente con la cabeza.

CAPITULO VIII

Si un mal común hubiera servido de alivio a Peter Maury, éste debiera haberse sentido consolado al comprobar que no era un caso único en aquel remoto mundo llamado Atlántida. En iguales condiciones que él se encontraban más de un centenar de americanos, ingleses, alemanes, franceses, españoles, chinos... todo un pequeño conglomerado de todas las nacionalidades y lenguas de la Tierra, obligados bajo pena de muerte a cooperar en los planes de invasión del orgulloso Imperio Atlante.

Ninguno de estos hombres ni mujeres se encontraban allí por su propia voluntad. Y sin embargo, la palabra «fuga», estaba desterrada así de su vocabulario como de su ánimo.

Un solo túnel de salida al exterior de más de mil kilómetros de longitud, con las bocas guardadas por las tropas del Ejército Imperial, era suficiente garantía de que ninguno de los prisioneros lograría escapar. Ninguno de los que en tiempos anteriores lo intentaron pudieron conseguirlo. Y ninguno vivió lo suficiente para contar sus amargas experiencias a sus amigos.

Maury supo todo esto por sus nuevos amigos; Jerry Chumbel... Adolph Lind... Hendrick Magill... Todos eran buenos muchachos y todos suspiraban por su libertad. Chambel era un ingeniero inglés secuestrado mientras trabajaba en unas minas de Bolivia. Hendrick Magill fue sacado en paños menores de una residencia de la zona norteamericana del Canal de Panamá. Lind era un ingeniero aeronáutico apresado una noche en plena calle de San Francisco...

Salvo algunas excepciones, ninguna de las personas que habitaban en el barrio extranjero de Atlante era una nulidad. Los agentes del Imperio sabían escoger bien sus víctimas; sabios atómicos... especialistas en cohetes... ingenieros... aviadores... militares...

Cada día desaparecían en el vasto mundo exterior personas de las que nadie volvía a saber su paradero. No todas ellas se encontraban en la Atlántida, pero si tal vez la mayoría.

—¿Ustedes colaboran de buen grado con esta gente —les preguntó Maury el día que fue llevado al apartamento de estos tres compañeros.

A lo que Chambel contestó haciendo una mueca:

—Nadie colabora aquí por gusto con los atlantes… excepto unos cuantos malditos mestizos que usted no tardará en conocer.

Y las palabras de Jerry Chambel fueron proféticas.

Unas horas más tarde, el general Charkach del Servicio de Información del Ejército Imperial fue a buscar a Peter y lo llevó en automóvil a un departamento militar. Allí le presentó a un mestizo mejicano llamado Suárez Arbeira, jefe del Departamento de Propaganda.

—Suárez—dijo Charkach con la altanería que era común a todos los altos oficiales del Ejército del Imperio—. Míster Maury trabajará en adelante a sus órdenes.

Suárez dejó caer sobre el americano una mirada despreciativa.

Que un tejano tuviera que servir a un mestizo mejicano se había visto algunas veces en Tejas, pero no muchas. Maury no sentía una animadversión especial contra los mejicanos, pero experimentó una pronta y al parecer compartida enemistad contra Suárez.

El mestizo era uno de aquellos a quienes sus amigos de alojamiento habían aludido con desprecio; renegados de todos los países sudamericanos, fugitivos de la justicia la mayoría de ellos, individuos que aportaban su entero entusiasmo a los planes de los atlantes, a la vez que su odio rencoroso contra la raza blanca dominante que en sus países respectivos les había castrado u ofendido.

Como era de esperar, no corrió a cargo de Maury preparar la campaña psicológica contra los blancos de centro y Sudamérica. Los colaboracionistas mestizos sabían mejor que él pulsar las cuerdas del resentimiento que estaba latente en el ánimo de la población de color de todo el continente americano. A Maury le encargaron de recopilar de una montaña de viejos libros todos los ejemplos históricos de violencia e injusticia cometidos por los blancos en América: desde las matanzas del conquistador Hernán Cortés basta los últimos incidentes debidos a la discriminación racial en Méjico o en Caracas.

Aquellos tipos trabajaban con tanto ahínco y entusiasmo como si esperaran ser nombrados gobernadores de las naciones sudamericanas que el Imperio atlante había de convertir en provincias suyas. Y era muy probable que así les hubiera sido prometido.

Dos días después (días en la medida del tiempo del exterior del globo, ya que en la Atlántida siempre era de día) fue a verle Henry

Temperton. Temperton, que ahora vestía el brillante uniforme de general de Estado Mayor del Imperio y se presentó a sí mismo con el nombre de Tark Chuaquén, se mostró muy amable con Maury.

—He de hacerle una advertencia, Maury. Ese mestizo, Suárez, no simpatiza con usted. Tenga mucho cuidado.

—¿Hasta dónde llega la influencia de Suárez aquí, Temperton? —inquirió Peter, que seguía dando al general el nombre por el cual le había conocido en los Estados Unidos.

—No es por eso por lo que tiene de temer. Pese a toda su arrogancia, esos mestizos no son más estimados aquí que las serpientes de cascabel en el Texas de usted. Si algo temo de Suárez es que le induzca a escapar o a cometer cualquier otra tontería en la que él mismo simule tomar parte. Actos de sabotaje, por ejemplo, o cosas así —Muchas gracias por su aviso. ¿Cómo están Jean y el profesor Heinze? ¿Les ha visto usted?

—Sí. Los dos se encuentran perfectamente.

—Salúdeles de mi parte cuando los vuelva a ver—dijo Peter.

No se atrevió Maury a preguntar si Heinze había accedido finalmente a colaborar en los esfuerzos del Imperio Atlante por conseguir la bomba atómica. Si Temperton se lo hubiera confirmado, Peter no habría podido impedir sentir desprecio por el sabio. Sabía que Heinze colaboraba, puesto que estaba vivo. Pero prefirió ignorarlo.

Una de las condiciones de aquel perdido mundo era que el tiempo carecía de auténtica medida. La vida de la nación se reglamentaba por ciertas horas de trabajo, otras dedicadas al descanso, y unas pocas a la expansión. ¿Pero qué esparcimiento podían gozar los terrestres en aquel país extraño tan distinto en costumbres a los suyos propios?

La estancia en Atlántida empezó pronto a hacerse intolerable para Peter Maury. Atravesaba por aquel período de melancolía depresiva y desesperación por la que todos los extranjeros habían rasado.

Sus compañeros, al menos estaban dedicados a ocupaciones más en carácter con sus aficiones y conocimientos profesionales. Unos trabajaban en talleres, otros en obras de ingeniería o en fábrica de armamento ¿Pero qué podía hacer un policía en una maldita oficina, dedicado a la agotadora y enervante tarea de recopilar datos monstruosos sobre hechos monstruosos que probablemente no habían sucedido jamás?

Los choques entre Maury y el mestizo Juárez eran cada vez más

frecuentes y violentos. En su estado de extrema irritación le importaba poco al americano el castigo que midiera corresponderle a causa de su indisciplina. Un día no pudo contenerse. Cogió el libro eme tenía entre manos y lo arrojó con furia contra una pared.

_—¡ Esto son imbecilidades!—rugió—. ¡ Mentiras y más mentiras! ¡No quiero saber más de todas estas asquerosas patrañas!

—Coja el libro, Maury—dijo Suárez con mesura, aunque con ojos relampagueantes—. Cójalo.

—¡Váyase a paseo!

—Le ordeno que recoja el libro, Maury.

—¿Usted… ordenándome a mí?—protestó Peter a punto de estallar como una bomba—. ¿Por qué he de obedecerle?

—Porque soy su superior.

—¿Superior?—rio Peter sarcásticamente—. ¿En qué? Solamente en que es más cerdo que yo y que cualquiera de los terrestres que estamos aquí. Ya es bastante denigrante para un hombre tener que trabajar para estos imbéciles atlantes por apego a la vida… ¡Pero hacerlo por gusto es mil veces peor! ¡Un cerdo traidor, eso es usted!

Suárez avanzó de un salto y le pegó en la boca. El día se hizo súbitamente oscuro para Maury.

Arremetió con furia metiendo sus puños en los costados del mestizo, le derribó contra una mesa y le persiguió allí machacándole el rostro hasta que le dejó sangrando por nariz, boca y cejas. Uno de los mestizos colaboradores de Suárez intentó ayudar a su jefe y fue derribado también.

Acudieron los hombres de la policía militar, le cogieron y le encerraron en un calabozo. Maury permaneció por espacio de cuatro semanas en su encierro sin ver a nadie, hasta que Temperton fue a verle y le dijo:

—Malo, Maury. Eso no fue lo que convinimos. No le pido ya que colabore con entusiasmo. Pero al menos debería hacerlo con resignación. ¿Es que quiere que le fusilen?

—Traslademe de lugar—repuso Peter—. Si continuo al lado de ese puerco acabaré estrangulándole,

—Veremos que puede hacerse. Por lo pronto tendrá que volver a su departamento.

Peter fue sacado del calabozo y conducido de nuevo a la oficina. Suárez le miró con ironía.

—Aquí tenemos al bravo americano—dijo con sarcasmo.

—No me hable Suárez—repuso Peter—. O no respondo de mí.

—Algún día le hare tragar los golpes que me dio.

—Si—dijo Peter—Cuando lo nombren gobernador de Méjico.

—O de Texas.

—Me parece que Texas es un hueso demasiado duro de roer incluso para los atlantes. Demasiado saben que no tienen que meterse con los Estados Unidos.

—Mi pobre amigo—exclamó Suárez echándose a reír—. A lo mejor se ha creído que los atlantes se iban a detener en el río Grande cuando comiencen la conquista de América.

—Se detendrán—aseguró Peter con convicción—. Y eso por una razón muy sencilla Por muchas bombas atómicas que fabriquen los atlantes dentro de cien años todavía les llevaremos la delantera.

—Eso es lo que usted se figura. No sabe que los atlantes solo emplearán una bomba para terminar con la superioridad bélica de los Estados Unidos.

—Pues, ya tendrá que ser una bomba grande…

—Al contrario, será muy pequeña—los ojos del mestizo brillaban como anticipándose a la dicha de ver destrozados e inermes a los Estados Unidos—. Muy pequeña, pero muy ruidosa. Estallará una noche de estas en Nueva York. ¿Y sabe qué ocurrirá? Pues que los americanos creerán que fueron los rusos quienes se la arrojaron... ¡Ja, ja, ja! ¡Creerán que fueron los rusos…y allá arremeterán ellos con todos sus aviones y sus proyectiles dirigidos contra la Unión Soviética! ¡Y los rusos les darán la respuesta! ¡Y los dos se destrozaran mutuamente dejando el terreno preparado para que los atlantes salgan de su agujero y se hagan los amos del mundo sin tener apenas que combatir!

Suárez rio hasta que le saltaron las lágrimas. Y cogiéndose los costados dijo mirando a Maury:

—¿No es verdad que son el mismo diablo estos astutos atlantes? ¿le sorprenderá ahora que un día sea yo nombrado gobernador de Tejas? Vamos, contésteme… ¡Ja, ja, ja!

—Maury saltó adelante echando sus manos al cuello de Suárez.

—¡Eh, no volvamos a empezar!— rugió el mestizo dejando de reír.

—¡Dígame que eso no es verdad!— rugió Peter, zarandeándole como un pelele—. ¡Todo eso lo ha inventado usted!

—No. No es invención mía. Esos son los planes secretos del Estado Mayor imperial... que no son tan secretos aquí como allá arriba en la Tierra.

—¡No lo puedo creer! ¡Eso no es lo que Temperton me dijo!

Suárez se limitó a callar. Pero en sus ojos brilló un ramalazo de miedo, y Peter adivino en esta preocupación que el mestizo había dejado escapar algo que le había sido confiado como un secreto. Si Suárez hubiese insistido, Peter no le habría creído quizá. Pero ahora le creyó. Y la magnitud de la catástrofe que se incubaba en aquel remoto lugar le hizo poner los cabellos de punta.

Peter regresó a su mesa sin rechistar.

No tuvo que preguntarse por qué Temperton le ocultó la verdad de los planes del Estado Mayor. El proyecto de provocar un cataclismo universal de tan horrendas proporciones podía, incluso repugnar a la nación atlante que lo ignoraba.

Y sin embargo, los planes de los ambiciosos militares que dominaban el Imperio, correspondían a la más fría y natural lógica.

La Atlántida no podía soñar siquiera que los Estados Unidos se cruzaran de brazos indiferentes mientras un pueblo extraño surgido del seno de la tierra invadía la mayor parte del continente americano. El poderío de los Estados Unidos constituía una amenaza que, juntamente con la potencia de la Unión Soviética., era preciso aplastar.

Y la idea de lanzar a los dos colosos uno contra otro era, aunque aterradora para una mentalidad normal, completamente lógica para quienes aspiraban a realizar el disparate de dominar en todo el continente americano. Podía incluso que a aquellos fanfarrones generales les pareciera grandiosa y genial.

Mas lo peor de todo era que se trataba de una idea realizable.

En efecto, si un atlante como Temperton había podido habitar en los Estados Unidos haciéndose pasar por un educado caballero, no era más difícil que otro atlante—o el propio Temperton quizá—lograra introducir subrepticiamente una bomba atómica en territorio de la Unión. El mismo Temperton podía llevarla a bordo de su hidroplano, y ni siquiera era necesario que la metiera en su casa. Podría arrojarla en la bahía Jamaica, dispuesta a estallar por un mecanismo de relojería, marcharse y…

Todo aquello era demasiado horrible para que Maury pudiera guardarlo para sí. Cuando regresó a su alojamiento confió lo que sabía a sus amigos.

—Eso es… una canallada descomunal—murmuró el buen Chambel con voz entrecortada por la impresión—. Algo que no se puede concebir… y que sin embargo tiene todos los rasgos de una cosa real y verdadera.

—Alguien tiene que salir de este maldito infierno para enterar al mundo de lo que ocurre —dijo Adolph Lind.

_Alguien, sí—dijo Hendrick Maguí—. ¿Pero quién? ¿Y cómo?

—Tenemos que pensar algo. Y cuanto más rápidamente mejor—observó Lind—. Tal vez estos demonios tengan ya lista su bomba o estén a punto de conseguirla. ¡Si al menos supiéramos el tiempo que tenemos para eaborar un plan!

—Creo que podré averiguarlo—dijo Peter—. Si consigo entrevistarme con el profesor Heinze o su hija.

Maury no pudo pegar ojo en todas las horas de que disponía para descansar. Si la libertad de que disfrutaban no hubiera estado coartada por ciertas limitaciones en cuanto a sus relaciones con los atlantes se refería, Maury hubiera salido en busca de Temperton para recordarle su promesa de trasladarle de sección… y rogarle le empleara en los laboratorios donde trabajaba Jean Heinze.

Suárez, sin saberlo Peter, laboró por él en este sentído. El mestizo estimó muy conveniente a dejar de su departamento al americano, ahora que éste estaba enterado del «gran secreto», y volvió a protestar ante los jefes atlantes para que lo trasladaran a otra parte.

El general Chuaquén (es decir; Temperton) fue en busca de Peter algunas jornadas más tarde.

—Suárez ha elevado de nuevo quejas contra usted, Maury—le dijo gravemente—. He conseguido que le trasladen a los laboratorios de Física. Allí no tendrá mucho que hacer, y estará al menos entre amigos. Pero recuérdelo. Más quejas contra usted pueden acarrearle un grave disgusto. Y me lo acarrearía a mi también, puesto que he salido fiador por usted esta vez. ¿Comprendido?

Unas horas más tarde, Peter Maury entraba en los laboratorios atómicos acompañado del propio Temperton. En la medida del tiempo del mundo exterior habían transcurrido más de dos meses desde que Peter no veía a Jean. La muchacha, al verle, corrió hacia él con los ojos brillantes de alegría.

—¡Peter, qué dicha volverle a ver!—Jean le tomo ambas manos entre las suyas, y tanto se aproximó que Maury temió fuera a abrazarle.

La alegría de la chica, fue todavía mayor cuando Temperton le anunció que Maury iba a trabajar en adelante en los laboratorios.

—No creo que un policía pueda servirles de mucho aquí—agregó Tarq Chuaquén—. Pero sería conveniente que ustedes

hicieran parecer lo contrario, o ya veo al nuestro amigo Maury manejando un pico en las obras de construcción de uno de nuestros túneles hacia el exterior. Me ha estado creando muchas complicaciones últimamente.

—No volveré a crearle ninguna—prometió Maury.

Y miss Heinze agregó por su parte:

—Siempre habrá algo que él pueda hacer aquí.

—El régimen para usted será el mismo que ha venido llevando hasta ahora, Maury—dijo Temperton al despedirse—. Le darán un pase para que puedan entrar y salir y marcharse a dormir a su alojamiento. Solo los científicos calificados permanecen en el edificio en régimen de internos... y usted no es uno de esos sabios todavía.

Temperton se marchó riendo y Jean Heinze dijo:

—¿Verdad que es un hombre simpático el señor Temperton?

—A él le agradaría saber que a usted se lo parece—repuso Maury con sordo rencor de enamorado—. ¿No le ha dicho todavía que espera hacerla su mujer?

—Peter. ¿Eso lo dice en serio?—se enfadó la chica.

—Hay algo más serio que debo decirle en secreto, Jean. ¿Podemos hablar aquí?

La muchacha le miró con expresión de alarma en sus ojos.

—Venga al despacho de papá—dijo.

August Heinze trabajaba inclinado sobre unas hojas de papel y levantó el rostro al oírles entrar. Alto, de facciones enjutas en las que la edad iba acusando los rasgos de su origen judío, August Heinze parecía una sombra de lo que fue. Un profundo sufrimiento moral estaba impreso en su rostro, Maury sintió compasión de él.

—Hola, señor Maury—dijo el sabio con voz opaca— ¿Cómo está usted?

—El señor Maury ha venido a trabajar con nosotros, papá—dijo Jean. Y su acento se parecía al que habría empleado para hablar a un niño.

El sabio hizo una mueca de extrañeza. Peter miró a su alrededor.

—¿ Están seguros que no hay micrófonos ocultos por ahí?

—¿Micrófonos? ¿Para qué? — preguntó Heinze.

—Bien, escuchen lo que tengo que decirles. Hay un condenado proyecto para que Rusia y los Estados Unidos se despedacen en una guerra atómica que con toda seguridad arrastrará a todo el mundo al caos y la ruina. ¿Saben algo de esto?

—¿Pero de qué nos habla usted, Maury?—interrogó miss Heinze asustada.

—Me figuraba que no lo sabrían. El plan es un secreto incluso aquí en la Atlántida. Todo consiste en depositar en Nueva York una bomba atómica atlante para que ésta aniquile la ciudad y los americanos crean que han sido los rusos los autores de la fechoría. Si esto es así, como sin duda ocurrirá dada la tirantez existente entre nosotros y los rusos, los Estados Unidos no vacilaran en lanzar un fulminante ataque de represalia con bombarderos y proyectiles contra la Unión Soviética. Entonces los rusos contestarán indignados arrasando Norteamérica... y ya pueden calcular lo que va a ocurrir. El mundo arderá por los cuatro costados... las naciones se aniquilarán mutuamente en una guerra suicida... y de lo que reste se encargarán los atlantes lanzando sus ejércitos de invasión sobre la destrozada América.

—¡Peter!—exclamó Jean empalideciendo—. Usted... ¡usted no sabe lo que dice!

—Yo sí sé lo que me digo, señorita Heinze —repuso Maury con acento de reproche—. Pero acaso ustedes no sepan la catástrofe que van a provocar entregando a estos locos la bomba atómica que desean. ¿Qué hay de esa bomba? ¿La han fabricado ya?

Anonadados, el profesor Heinze y su hija contemplaban a Maury con pupilas dilatadas de horror. De pronto, August dejó escapar un gemido y ocultó el rostro entre sus manos. Maury no podía sentirse en aquel momento condescendiente ni compasivo.

—¡Lo han hecho! ¡Ustedes han puesto en manos de estos salvajes el arma que nos va a destrozar!

—¡Dios mío... Dios mío!—gimió August con la cara oculta entre sus manos—. ¡Pensar que yo... que nosotros...! ¡Oh, Dios mío!

Las pupilas de Maury centelleaban de rabia y desprecio. Y Jean lo advirtió. Por eso se lanzó sobre él sollozando, y agarrándole de las solapas gritó:

—¡No tiene derecho a hacerlo! ¡No puede culparnos de lo que va a ocurrir! ¡No puede despreciarnos por haber dado a estos hombres algo que ellos iban a obtener de todos modos... más pronto o más tarde!

—Esa, señorita Jean, es una pobre excusa —repuso Peter abruptamente—. Como es una estúpida excusa decir que no tiene importancia matar a un hombre que con los años tiene que morir de muerte natural. No puedo aceptar eso como excusa. ¡No lo puedo aceptar!

—Escuche usted, Peter—Jean ahora sollozaba—. No es lo que usted se figura. Los atlantes habían resuelto ya el secreto de la bomba atómica cuando mi padre llegó. Ellos mismos, ayudados por otros científicos secuestrados, iban al final de unas cuantas deducciones lógicas. Solo necesitaban la espoleta necesaria para provocar la deflagración, y eso es lo que obtuvieron de mi padre. ¡Pero no por su voluntad de él! Le hipnotizaron con las drogas... vencieron su voluntad y le obligaron a decir lo que no quería. ¡Usted no puede creer que él ni yo sintamos el menor gusto en ver despedazado a nuestro propio mundo! ¡Ni a Norteamérica, que nos acogió en su seno como a hijos huérfanos de patria! ¡No puede creer eso de nosotros!

—Muy bien—dijo Maury exasperado—. Ya no tiene importancia lo que yo crea o deje de creer. Alguien tiene que impedir que ese cataclismo ocurra. Alguien tiene que impedirlo; nosotros.

Jean se apartó de Maury y miró a su padre. August levantó sus enrojecidos ojos y la miró a su vez.

—¿Dónde está esa bomba?—preguntó Peter—. ¿Aquí?

—No—repuso Jean volviéndose hacia él—. Aquí tenemos solamente las piezas de la espoleta. La bomba se ha fabricado en una localidad llamada Garib... en pleno desierto. Tenemos que ir a Garib con las piezas de la espoleta, hacer los últimos ajustes y dejarla a medio montar. Luego tenemos que hacer una prueba.

—¿Dónde se realizará esa prueba?

—Afuera, en el mundo exterior.

—Qué?—exclamó Peter estupefacto.

—Sería demasiado peligroso realizar la prueba en Atlántida. Las radiaciones de la deflagración llegarían a todos los rincones de este mundo y resultarían perjudiciales para las personas y las plantas. Recuerde que este mundo es cóncavo, al revés de la parte exterior del planeta.

—¿Es ésa la única y verdadera razón?

—¿Qué quiere decir?

—Yo no creo que los atlantes hayan pensado seriamente en probar su bomba afuera, donde necesariamente había de ser notada por los detectores de todo el mundo. ¿Para qué diablos habrían de querer hacer esa prueba? Sí, la harán. Pero será a expensas de los inocentes habitantes de Nueva York. Llevarán su bomba allí... y la harán explotar. Esa será su única prueba. ¿Lo van comprendiendo?

La palidez de Jean y el brillo de sus ojos demostró a Peter que ellos habían comprendido.

—Bien—prosiguió Maury animándose—. Van a sacar su bomba de aquí. ¿Pero saben ustedes cuándo?

—Probablemente, cuarenta y ocho horas después que nosotros salgamos para Garib… si todo marcha bien allá.

—Tendrán que sacarla por el ferrocarril—murmuró Peter—. Por el único túnel de salida. Nosotros tenemos que interceptar ese tren, apoderarnos de la bomba… y hacerla estallar dentro del túnel.

—¡Peter! ¿Qué está diciendo ?—exclamó Jean horrorizada.

—Dentro del túnel—repitió Maury entre sus apretados dientes. Y la miró con ojos centelleantes—. Los atlantes han tardado siglos en perforar ese condenado túnel. Si una bomba atómica explotara dentro de él, el derrumbamiento sería de tal consideración que los atlantes tardarían otro medio siglo en desescombrarlo.

—Sí—dijo Jean. Y sus hermosas pupilas brillaban también.

—¿Acompañarán ustedes a la bomba?

—Tenemos que montarla una hora antes de ser lanzada. Temperton nos dijo que la arrojaríamos desde un avión en el Polo Sur… pero ahora comprendo que pretendía llevamos engañados hasta los Estados Unidos. El sabía que si nos enterábamos del plan, nos negaríamos a ir en el avión.

—Temperton tiene que seguir creyendo que ustedes ignoran sus verdaderos planes. Y puesto que la bomba irá en el tren con ustedes, no habrá demasiadas dificultades para hacerla estallar. ¿Quiere que perfilemos ahora nuestro plan?

—Sí—dijo la muchacha con ansiedad—. Sí.

CAPITULO IX

E1 primer temblor de tierra solo duró 15 segundos, pero fue tan violento que casi tiró a Peter Maury de su cama. Maury se levantó de un salto, movió sus largas piernas y corrió a abrir la ventana.

Abajo, en la calle, unos cuantos hombres señalaban excitadamente con los brazos. Peter levantó los ojos y vio las llamas y la espesa nube de humo saliendo por el cráter del Tocuarpín. Mientras él estaba mirando, se produjo una fuerte explosión que lanzó al cielo a gran altura un surtidor de rocas en ignición.

Los atlantes que estaban abajo dieron media vuelta y entraron corriendo en sus casas. Algo grave se preparaba, y Maury pensó con alarma en su cuidadoso plan para saltar al tren. Un terremoto ahora podía echarlo todo a perder... o acaso favoreciera sus proyectos.

Jerry Chimbel. Adolph Lind y Hendrick Magill, entraron precipitadamente en paños menores.

—¿Has visto eso, Peter?—dijo Lind señalando la gris y amenazadora mole del volcán—. Nuestros vecinos están sacando sus ajuares de las casas y hacen preparativos para salir de la ciudad.

—Ese Tocuarpín gasta malas bromas—apuntó Chambel—. La última vez que se puso bravo casi acabó con la ciudad. Es posible que ahora arrase con ella.

—Tengo que ir al laboratorio—dijo Peter empezando a vestirse con rapidez. De la calle llegaban los gritos y carreras de los atlantes en sus apresurados preparativos de fuga—. Si hay un terremoto fuerte, como todos parecen esperar, ésta es una buena ocasión para, que desaparezcamos de la ciudad confundidos con los evacuados. Y si la encontráis para apoderaros de alguna pistola, no la desaprovechéis. Nos reuniremos donde todos sabéis.

Peter acababa de salir a la calle cuando se produjo el segundo temblor. Las casas traquetearon como un viejo tren en marcha, y algunas de ellas se corrieron unos pies fuera de sus emplazamientos.

Todo era miedo y confusión en las calles. De las ventanas llovían fardos de ropa. El pánico era contagioso como contagioso es el entusiasmo de las masas, y la población entera se apresuraba a escapar. Ya se estaba vertiendo la lava por los bordes del Tocuarpín. Las explosiones hacían retemblar el suelo.

Peter llegó oportunamente al laboratorio. Temperton, sobre quien recaía la responsabilidad de las investigaciones nucleares, llegaba en este memento en un automóvil y gritó:

—¡Rápido, Maury! ¡Tenemos que evacuar el laboratorio!

Todo el personal estaba en pie. Los hombres corrían de un lado a otro recogiendo al mismo tiempo los más preciosos aparatos de investigación y sus objetos de uso personal. En el patio se había reforzado la guardia y los camiones reculaban para tomar la carga que se iba amontonando ante la puerta.

Hubo otro temblor de tierra, más fuerte aunque no más prolongado que los demás. Las preciosas piezas del detonador atómico fueron sacadas en una caja precintada y Temperton la colocó por sí mismo sobre uno de los camiones. Llamó a August y a Joan Heinze. Les hizo subir en el camión con un par de soldados y los envió a la estación.

Apenas el coche se había marchado se produjo otro temblor de tierra. El suelo se agrietó .en el patio y los soldados tuvieron que colocar tablones atravesados para que al menos pudiera salir otro camión.

—¡Ustedes!—llamó Temperton al aterrado grupo de científicos que estaba junto a la puerta—. ¡Suban a ese coche y abandonen todo lo demás!

El camión pudo salir con el equipo de científicos y Temperton se marchó con ellos. Dejó a un coronel encargado de salvar cuanto pudiera del instrumental. Pero otro temblor de tierra ensanchó la grieta formada en la anterior sacudida y el coronel gritó:

—¡Váyanse todos!

Peter logró escabullirse en la confusión y volvió a entrar en el edificio. Allí le pilló el más largo de los temblores. Toda la construcción crujió y se tambaleó. Maury encontró al fin algo que esperaba hallar; la pistola de uno de los oficiales de la escolta. La escondió bajo la chaqueta y salió.

El cielo habíase oscurecido y de él llovían cenizas y escorias en ignición. Lejos, el volcán seguía lanzando atronadoras explosiones y oleadas de lava que bajaban con rojo borboteo por sus empinadas laderas en dirección al valle. La ciudad estaba casi desierta, a excepción de las patrullas que la recorrían para ayudar a los ancianos y enfermos y salvar a muchos niños extraviados.

Mientras Maury atravesaba la ciudad se produjo el más violento de los temblores. Por espacio de cinco inacabables minutos el suelo trepidó. Se abrieron espantosas grietas en el suelo. Las casas

chocaron con estruendo ensordecedor saliendo al centro de la calle, se aplastaron unas contra otras, giraron sobre sí mismas o se cayeron de lado en las fisuras...

Maury encontró un soldado aplastado entre dos casas. El temblor había cesado por el momento, pero aun a riesgo que empezara de nuevo y las dos casas le despachurraran, Maury se metió entre ellas, sacó al soldado y le quitó fusil y cartucheras. El desnudó también y se puso sus ropas y su casco de acero. Luego huyó.

Cuando dejaba atrás la ciudad tembló la tierra y se escuchó una tremenda explosión. Peter se volvió. Una enorme grieta acababa de abrirse en la ladera del volcán y por ella manaba un torrente de lava que avanzaba lenta e implacablemente en dirección a la ciudad.

El fin de la capital estaba irremisiblemente sellado. Peter volvió la espalda y se alejó.

* * *

A lo largo de la doble vía férrea, Maury fue alcanzando a pequeños grupos de terrícolas que marchaban en su misma dirección.

En realidad, Peter fue el descubierto por el primero de estos reducidos contingentes de fugitivos. Estos, viéndole de lejos, le tomaron por un auténtico soldado atlante y le prepararon una emboscada. Un cuchillo estaba ya cerca de !a garganta de Maury cuando un chileno llamado Batalla le reconoció.

—¡Caramba, amigo!—exclamó Batalla en español—. Ya podía haber avisado. A poco más le matamos.

—¿Van ustedes todos hacia el túnel ?—les preguntó Peter pasado el susto—. ¿Están en el secreto de lo que estamos preparando?

Ellos asintieron. Conocían más o menos los planes de Maury y se unían espontáneamente a ellos. La voz había corrido en forma de susurro de un hombre a otro de la colonia extranjera. Muchos de los terrícolas tuvieron miedo o no les mereció bastante confianza el plan. Y optaron por mantenerse al margen. Otros, como Batalla y los que le seguían, estaban dispuestos a correr el riesgo e intentar la fuga.

En lo que a Batalla se refería, que estaba casado con una hermosa joven atlante y tenía familia, la decisión de marcharse

rayaba casi en el heroísmo. Batalla, que llevaba en la Atlántida 15 años, desde que los atlantes abrieron su túnel y le secuestraron en su solitaria granja, quería verdaderamente a su mujer y sus hijos.

—Pero lo que lo atlantes quieren hacer es una salvajada—dijo el chileno, que hablaba perfectamente la lengua del país—. Salga lo que saliere tenemos que probar a impedirlo.

Maury siguió vía adelante con este grupo. En la oscuridad de un túnel se encontraron con otro pequeño grupo que les estaba esperando.

Unas horas más tarde, en otro túnel, encontraron cuatro atlantes muertos a cuchilladas y desnudos, escondidos en un agujero.

—Magill, Lind y los otros han pasado por aquí—dijo Peter a la vista de estos cadáveres.

Los ocultaron mejor de lo que estaban y siguieron su camino.

Cuando Peter Maury alcanzó el punto de reunión, cuarenta horas más tarde, llevaba tras sí un pelotón de doce hombres. Chambel. Lind y Magill habían reunido dieciocho. Eran treinta y uno en total, incluido Maury. Entre todos reunían cinco pistolas, siete fusiles y cinco uniformes de soldado.

A dos millas de distancia se encontraba la estación y puesto de control donde se reunían seis vías férreas procedentes de distintas direcciones. Los atlantes habían tendido allí varios centenares de millas de vía férrea que formaban una extensa red de líneas muertas destinadas a apartadero de todo el material de guerra que sin duda pensaban ir acumulando cerca del túnel.

Pero los planes de invasión de los atlantes estaban todavía un poco lejos (antes dejarían que el mundo exterior se desangrara en una guerra fratricida y suicida) y por lo tanto había pocos vagones en los apartaderos.

En la estación había en cambio un fuerte destacamento militar. Y era de este puesto del que tenían que apoderarse si querían detener el tren que no podía tardar en llegar.

El paisaje era uno de los más desolados de aquel inhóspito mundo. El terreno estaba formado de una extensa meseta levantada allí con los incalculables millones de metros cúbicos de roca extraídos durante la excavación del túnel. Y en medio de esta meseta estaba la estación.

La guarnición de aquel puesto siempre estaba atenta, siquiera fuese por disciplina y por la importancia de aquel enlace ferroviario clave. Sin embargo, los dos soldados que paseaban por el andén ante el acuartelamiento, no sospecharon nada de los cinco soldados

atlantes que se acercaban conduciendo casi mía treintena de forzados.

La presencia de forzados era corriente entre esta estación y el puesto de vigilancia de la entrada del túnel propiamente dicha, ya que estos se encargaban de los trabajos de entretenimiento de la línea y de la reparación en las vías que continuamente estaban cortando los frecuentes terremotos.

El grupo llegaba por la vía de la dirección del túnel. Al llegar ante el andén, una voz inconfundiblemente allante ordenó:

—¡Alto!

Los dos centinelas se quedaron mirando al grupo de forzados. Del puesto de guardia salió un suboficial que preguntó al hombre que se acercaba:

—¿Extranjeros? ¡Los empleáis ahora en los trabajos de la vía férrea ? ¿Qué han hecho ?

—Rebeldes—dijo Batalla con todo aplomo acercándose mientras descolgaba su fusil del hombro. Y disparó a boca jarro contra el suboficial.

La sorpresa dejó paralizados un segundo a los centinelas de la puerta. En seguida reaccionaron. Batalla volvió a disparar y uno da los hombres cayó. Desde el borde del andén, Peter Maury disparó al mismo tiempo que Hendrick, y ei segundo centinela rodo por el suelo sin vida.

—¡Adelante!—gritó Maury echando a correr.

Todo el supuesto pelotón de forzados se lanzó a la carrera. Los primeros que llegaron recogieron las armas de los tres atlantes muertos y se precipitaron dentro del cuerpo de guardia disparando furiosamente Los seis atlantes que se encontraban en el cuerpo de guardia cayeron sin haber comprendido todavía qué clase de gente se Íes iba encima, y su armamento pasó a engrosar el de los extranjeros que ya se esparcían por todo el edificio haciendo tabletear las pequeñas ametralladoras.

Muchos de los cien hombres que formaban la guarnición de aquel puesto dormían, y la mayoría se encontraban en el salón de esparcimiento entreteniéndose con varios juegos de mesa.

Solo unos pocos de los que dormían pudieron alcanzar sus armas. Y con ellas en la mano cayeron acribillados en la misma puerta del dormitorio.

La acción duró solamente cinco minutos desde que comenzó en el andén hasta que cesaron los disparos y los comandos terrícolas se esparcieron por todo el edificio para registrar hasta el último

rincón. Los atlantes que quedaban con vida fueron muertos sin piedad.

—Si el tren no tardara en llegar nos evitaría quizá tener que librar otra batalla contra cualquiera que venga por aquí—dijo Maury.

No habían transcurrido treinta minutos cuando repiqueteó el teléfono del puesto de guardia.

Batalla, cuyo conocimiento del idioma atlante era perfecto, fue a descolgar el aparato. Escuchó abriendo unos ojos como platos, miró a Maury y dijo algo que éste no pudo entender. Luego escuchó de nuevo y colgó el aparato.

—El tren especial procedente de Garib está para llegar—dijo roncamente.

—¿Qué les ha dicho?—preguntó Peter.

—Que están reparando la vía y tendrán que detenerse aquí una media hora.

—Magnífico— exclamó Peter con ojos brillantes . ¡Rápido, acaben todos de ponerse esos uniformes!

CAPITULO X

La estación estaba perfectamente tranquila cuando el tren especial procedente de Garib se detuvo ante el andén.

En el vagón de pasajeros, Jean Heinze pegó su pálida frente al polvoriento cristal y echó una larga mirada al exterior. Si las cosas marchaban bien, allí sería donde Peter Maury y un pequeño grupo de sus compañeros de cautiverio intentarían apoderarse del tren.

Había en aquel mismo vagón seis soldados y un oficial de la escolta, y ocho técnicos e ingenieros de las instalaciones atómicas de Garib, de los cuales solamente tres ayudantes de segunda categoría eran terrestres. El general Chuaquén había vuelto a adoptar sus ropas europeas, y con ellas su falsa personalidad de Henry Temperton. Este estaba sentado junto a Jean y al detenerse el tren se puso en pie.

—Voy a ver cuánto se tardará en reparar esa vía—dijo.

El oficial de la escolta acababa de saltar al andén en este momento. Por la puerta de la estación-cuartel salió un oficial seguido de un pelotón de seis soldados.

—Oiga, comandante—dijo el oficial de escolta en su lengua nativa—. ¿Cuánto tendremos que esperar aquí?

Batalla iba el primero detrás de Maury disfrazado de oficial y contestó:

—Para ti, la espera ha terminado.

Maury empuñó rápidamente su pistola y disparó. El oficial de escolta rodó por el andén bajo las ruedas del vagón y Peter trepó de un salto al estribo. En la plataforma había dos soldados que acababan de ver morir a su oficial y requirieron apresuradamente sus ametralladoras.

Peter disparó a boca jarro contra el que estaba delante y se tiró de bruces en el piso. La ametralladora del segundo tableteó. Las balas pasaron sobre la cabeza del americano y alcanzaron en el andén a uno de los falsos soldados atlantes. No pudo mejorar su puntería.

Maury disparó desde el piso y el hombre cayó con la cabeza destrozada.

Dentro del vagón de pasajeros, los disparos que sonaban fuera causaron una enorme conmoción. Nadie sabía todavía qué era lo que estaba ocurriendo. Pero del cuartel salía un tropel de soldados armados que corrían hacia el tren, y un hombre vestido de oficial irrumpió de pronto por la puerta del vagón.

—¡Maury!—exclamó Temperton roncamente al reconocer a este hombre. Y llevando la mano al bolsillo del revólver gritó—: ¡Traición!

Maury se apartó a un lado esquivando una ráfaga de ametralladora y disparó a su vez contra el hombre que tenía esta arma. Por la puerta del vagón acababa de aparecer Jerry Chambel empuñando una de aquellas subametralladoras atlantes de cañón ancho y aplastado.

Para no herir a Chambel, Peter dejó de disparar. Temperton le apuntó con su revólver. Pero el profesor August Heinze saltó repentinamente en pie delante de Temperton y le agarró la muñeca.

El disparo de Temperton se clavó en el techo. Y mientras las armas de fuego tronaban aquí y allá llenando de humo el compartimiento, Temperton empujó colérico a August contra el asiento y disparó contra él a bocajarro...

Jean dejó escapar un grito de horror viendo caer a su padre...

Maury acababa de ver la acción de Temperton y tiró del disparador de su arma sin vacilar.

El proyectil extraplano de la pistola atlante de Maury salió impreso de un velocísimo movimiento de rotación, alcanzó a Temperton en la frente y le levantó con toda limpieza la tapa de los sesos. El falso millonario cayó en el pasillo y de repente se hizo el silencio.

La batalla había cesado en el vagón de pasajeros y también en el resto del convoy. El maquinista y su ayudante estaban muertos, Dos soldados de la escolta del furgón enganchado detrás quedaban tendidos sobre el andén.

En el vagón de pasajeros, Jean Heinze se inclinaba sollozando sobre su padre. De un rincón entre los asientos se levantaban pálidos y con las manos en alto los tres ayudantes de ingeniero terrícolas. Un seco disparo restalló al rematar Chambel a uno de los técnicos atlantes que todavía se movía. El vagón estaba lleno de cadáveres. La sangre había salpicado sobre los respaldos de los asientos y se escurría por los cristales de las ventanillas.

Aquello parecía un matadero.

—Saquen todos esos muertos de aquí—ordenó Maury. Y se

inclinó sobre el profesor Heinze.

August había sido alcanzado por el proyectil de Temperton en el estómago. Según Maury pudo comprender, no había salvación para al sabio ni aún en el caso de haber tenido a mano a un médico. Y no había ningún médico entre ellos.

—¡Rápido… rápido!—apremió Maury a los compañeros que se ocupaban de sacar los cadáveres del vagón. Y viendo que la operación se retrasaba dijo—: ¡Basta! Ya está bien. Vámonos y ya los iremos tirando por el camino.

Hendrick Magill salió corriendo para hacerse cargo de los mandos de la locomotora. Batalla se presentó de súbito ante el americano.

—Bueno, señor Maury—dijo en español—. Yo creo que todo saldrá bien en lo que resta. Me despido de todos ustedes.

—¡Cómo! ¿Es que se queda?—exclamó Maury.

Hizo el chileno una mueca trágico-cómica.

—¿Qué quiere usted? Tenía dieciocho años cuando me trajeron a este infierno y ahora tengo treinta y tres. Soy huérfano y no sabría cómo desenvolverme allá afuera. Aquí tengo mi esposa y mis hijos. También tengo buenos amigos entre los atlantes que me aprecian y a quienes yo aprecio. La patria de uno es aquella donde forma su hogar… y mi hogar está en esta caldera. Me quedo.

—Todavía nos hará falta con su impecable acento atlante.

—Les dejo dos compañeros que hablan el atlante tan bien como yo. Rodríguez y Cuello. Estoy seguro que saldrán adelante. Adiós.

Batalla estrechó brevemente la mano del americano, pasó rápidamente entre sus compañeros que le palmeaban la espalda y saltó al andén. Por la ventanilla del conductor asomó la cabeza de Hendíick Magill.

—¿Que hace todavía en tierra? ¡Suba!—gritó Magill.

El chileno agitó una mano con ademán nostálgico.

—¡Adelante, yanqui! Yo me quedo. ¡Vía libre!

—Ese tipo está loco—farfulló Magill retirando la cabeza de la ventanilla. Bajó el cristal y dijo a Lind—: Vámonos.

La máquina arrancó arrastrando el vagón de pasajeros y el furgón. Rodó a buena velocidad algunas millas y empezó a frenar su marcha al acercarse a la boca del túnel.

En el puesto de control el teléfono repiqueteó.

—Tren especial procedente de Garib para el exterior—dijo una voz inconfundiblemente atlante por el auricular del teléfono que

empuñaba el oficial.

—¿Con quién hablo?

—Con el general Tark Chuaquén.

—Adelante. Vía libre.

Los soldados del puesto vieron confusamente al paso del tren las figuras de los soldados atlantes de la escolta detrás de los polvorientos cristales de las ventanillas. El tren desapareció en el túnel tomando de nuevo velocidad.

De rodillas sobre el traqueteante piso del furgón, Jean Heinze armaba por sí misma la espoleta de la bomba ayudada por los tres auxiliares terrícolas. De pie, Peter Maury la miraba. Y mientras la contemplaba sentía que aumentaba su amor y su admiración por ella.

Una ráfaga de aire frío y húmedo entró en el furgón al abrirse la puerta. Peter se volvió hacia Jerry Chambel, que era quien acababa de entrar. Su mirada interrogante se cruzó con la del británico. Chambel asintió silenciosamente con los ojos. Entonces Jean Heinze se volvió y preguntó:

—¿Cómo sigue mi padre?

Chambel la miró gravemente en silencio. La muchacha se puso en pie lanzando una ronca exclamación.

—¿Ha muerto?

—Sí, miss Heinze—repuso el inglés—. Lo siento.

Maury se adelantó a sostenerla y la muchacha se arrojó en sus brazos sollozando. Los hombres que habían estado montando el ingenio nuclear suspendieron su tarea. Todos tenían la mirada fija en la chica.

—Ha muerto...—sollozó Jean sobre el pecho de Maury—. ¡El ha muerto! ¿Por qué tenía que morir?

—Estas aventuras solo terminan completamente bien en el cine y en las novelas, Jean—repuso Maury—. El ha muerto, y lo ha hecho por salvar nuestro mundo de una catástrofe inminente. Todos nosotros hemos estado, y todavía estamos dispuestos a dar nuestra vida a cambio de evitar este cataclismo. Pero Dios solo quiso tomar la vida de August Heinze. Nadie puede rebelarse contra los designios de Dios.

—Su padre murió diciendo que consideraba su muerte como una expiación por el daño que aunque involuntariamente había estado a punto de causar a la Humanidad—apuntó Chambel sombríamente.

Siguieron unos minutos de silencio. Lentamente, la muchacha se

desligó de los brazos de Maury separándose de éste. Limpió con el dorso de su mano una lágrima. Se volvió luego hacia los ayudantes que la estaban mirando y dijo:

—Prosigamos.

La bomba quedó finalmente armada. El tren se detuvo en la oscuridad lóbrega del túnel y algunos hombres se apearon. Mientras unos cortaban los hilos de la línea telefónica los otros frenaron y desengancharon el furgón. Luego todos volvieron al vagón de viajeros. El tren se puso en marcha y el furgón quedó atrás.

Sabiendo el tiempo que habían invertido en el viaje de ida, los terrícolas podían calcular lo que faltaba para llegar a la estación término. Y a medida que pasaban las horas y se acercaban al final de la vía férrea, su nerviosismo e impaciencia aumentaba.

Luces de aviso anunciaron la inminente llegada del convoy al término de su largo recorrido.

—Prepárense— dijo Maury a sus compañeros—. Estamos llegando.

Jean Heinze se arrodilló y levantó una punta de la manta que cubría el cadáver del profesor. Sollozó.

—Vamos, Jean'—le dijo Peter levantándola por los hombros—. Se tortura inútilmente. Nada podemos hacer por él, pero todavía podemos hacer algo por nosotros mismos. Tenga esta pistola. Y si uno de esos condenados atlantes se le pone a tiro… ¡dispare! Ellos no vacilarán en disparar sobre usted.

El tren iba reduciendo la marcha. De pronto la luz de la gruta irrumpió en el interior del vagón por las ventanillas.

—¡Apaguen las luces!—gritó una voz.

Un conmutador chascó y el vagón quedó a oscuras. El tren se detuvo dando una sacudida.

—¡A tierra!

Los terrícolas saltaron al andén a un tiempo desde las dos plataformas del vagón y la casilla del maquinista.

Había en el andén algunos soldados. Muy pocos, porque el tren no había anunciado su llegada por teléfono. Y solo unos pocos de estos pocos estaban armados.

Las armas tabletearon y los atlantes rodaron por el andén.

—¡Adelante!—gritó Maury con estentórea voz. Y todos echaron a correr disparando sus armas.

La sorpresa fue completa. Los atlantes que guarnecían la gruta no sabían lo que ocurría. Muchos ni siquiera sabían que hubiera

llegado el tren. Varios creyeron que el ataque procedía del pasadizo de entrada y corrieron hacia allí. De pronto se encontraron en medio de una lluvia de proyectiles que les llegaban de atrás.

Los soldados retrocedieron hacia los lados parapetándose tras algunos cañones y piezas de artillería antiaérea que estaban cubiertas con grandes encerados.

A su paso, los evadidos arrojaron algunas granadas de mano y alcanzaron el pasadizo.

El mismo piso de roca que había resonado con lúgubres ecos bajo los cascos de las caballerías que condujeron a Jean y a Maury, resonaron ahora bajo los precipitados pasos de los fugitivos. Al llegar a un recodo Maury se separó de la muchacha y llamó a su amjgos.

—Chamel… lind… Magill… venid aquí.

El grueso del grupo siguió corriendo y los cuatro hombres se quedaron en el recodo esperando

Cuando llegaron corriendo los primeros persecutores dispararon a un tiempo sus ametralladoras. Los atlantes cayeron y otros retrocedieron apresuradamente seguidos de los silbantes proyectiles.

—Ahora tardarán un poco más en decidirse a seguirnos dijo Maury riendo—. Vámonos.

Salieron corriendo por el túnel. La del día iluminaba la boca del pasadizo

—Mala suerte—dijo Lind jadeando a causa de la veloz carrera—. Hubiera sido mejor para nosotros que fuera de noche.

El grueso del grupo se hallaba detenido unos metros más allá, esperando.

—Vengan aquí—gritó Maury señalando los grandes montones de tierra y cascotes—. No podemos marcharnos ahora. Tenemos que tenerles encerrados ahí dentro al menos hasta que estalle la bomba. Si huimos nos perseguirán.

Aunque la mayoría solo deseaba echarse a correr y verse cuanto antes lejos de aquel conducto del infierno que habían abandonado. Todos comprendieron la lógica del razonamiento de Peter. Los hombres escalaron los empinados terraplenes hacía la cumbre de las montañas de escombros. Jean Heinze resbaló y cayó rodando.

La nervuda mano de Maury la levantó de un tirón y la arrastró cuesta arriba con ímpetu incontenible.

Al llegar al alto del terraplén, Peter la empujó al suelo. Luego, él

mismo se echó a su lado apercibiendo el fusil para disparar contra el primer atlante que intentara salir por el agujero. Todos habían adoptado posiciones ventajosas arriba de la zanja. Y por espacio de algunos minutos reinó el silencio.

—¿Cuánto falta para que estalle la bomba? —preguntó Peter.

La chica consultó su reloj de pulsera.

—Si el detonador funciona, la bomba estallará dentro de cinco minutos.

—Tiene_ que funcionar—rezongó Maury—. Si fallara dejaría de sentir toda la admiración que siento por usted.

—¿Usted... me admira, Peter?

Peter no contestó ahora. Dos soldados atlantes asomaron con precaución la cabeza y Maury disparó al mismo tiempo que sus compañeros. Uno cayó y el otro se ocultó más que de prisa.

—¿Decía usted que si la admiraba?—dijo Peter contestando a la pregunta hecha unos minutos antes—. Sí. Empecé a admirarla como mujer el primer día que la vi... y he acabado admirándola como científico.

—Peter—dijo ella quejosamente—. ¿Ya no le gusto como mujer? ¿Solamente como científico?

El se volvió a mirarla. La chica tenía todo el rostro manchado de tierra. No llevaba colorete ninguno y aparecía despeinada. Aun así resultaba bonita y Peter masculló entre dientes.

—No diga tonterías, criatura.

—Pero ha dejado de quererme—dijo ella con acento resentido.

¡Vaya!—rezongó el policía alegremente—.

¿Le parece que es esta ocasión para reiterar mi solicitud de matrimonio?

Quizá ya no le seduzca la idea de casarse conmigo...

Tampoco Peter contestó esta vez. Un gran temblor sacudió la tierra bajo sus pies en este momento. Las piedras comenzaron a rodar por las pendientes de los taludes. Un sordo tremor retumbó profundo. De la boca del túnel se desprendieron grandes rocas, y una densa polvareda salió de aquel agujero.

—¡La bomba!—gritó Jean Heinze saltando en pie—. ¡Ha estallado!

Peter Maury se puso en pie. Un estentóreo «¡Hurrá!» brotó de una treintena de gargantas alborozadas.

—¡Bravo, muchacha!—gritó Peter riendo—. ¡Hizo bien su labor!

Y cogiéndola entre sus brazos la levantó del suelo dando media

vuelta sobre un solo pie. Pero perdió el equilibrio y los dos cayeron al suelo. Se miraron a los ojos riendo.

—Se acabó la amenaza de los atlantes —dijo Maury—. Ya tienen tarea para rato descombrando ese túnel. Al menos durante un siglo podremos consideramos tranquilos._ Y luego...

Las rientes pupilas de la chica habían perdido de pronto su retozona alegría.

—¿Vuelve a pensar en su padre?—pregunto Maury.

—Voy a sentirme inmensamente sola sin su compañía.

—Lo comprendo—murmuro Peter. Y guardo silencio. Luego volvió a levantar sus ojos —. Jean: Si la compañía de un polizonte y una caterva de niños es suficiente para usted, nunca se sentirá sola casándose conmigo. ¿Qué me contesta ?

Ella le sonrió a través de sus lágrimas.

—Gracias, Peter—murmuró—. Yo contesto... que sí.

El alegre grupo de evadidos les estaba contemplando en corro mientras ellos permanecían abrazados. Al separar sus labios los dos se sintieron enrojecer.

—Cuando ustedes quieran nos pondremos en camino—dijo Cuello guiñando un ojo.

—Vamos ya—contestó Peter Maury tomando a su prometida por el brazo.

El sol brillaba eufórico sobre sus cabezas. Les rodeaban las altas cimas de los Andes con su blanca cobertura de nieves perpetuas. El aire era frío, seco y transparente...

Echaron a andar. Tras ellos quedaba el sepultado túnel y el recuerdo de un Viaje involuntario al centro de la Tierra que siempre conservarían como una horrible pesadilla.

F I N

Un planeta desconocido se ha lanzado a la conquista del Universo... ¡y solamente la Tierra puede detener su avance!

DOS PODEROSOS PLANETAS EN LUCHA EN EL ESPACIO.

OBJETIVO:

UN PLANETA DESHABITADO PERO RICO EN MINERALES.

Los dos contendientes lo necesitan para transformarlo en una gigantesca mina que los surta de los materiales necesarios para su desarrollo industrial y bélico.

¡LA TIERRA HA AGOTADO SUS RESERVAS MINERALES... Y EL ENEMIGO TAMBIEN...!

EL QUE GANE LA BATALLA SOBRE LA SUPERFICIE DE

EL PLANETA DE NADIE

será quien quede vencedor en esta lucha espacial.

HENRY KEYSTONE

les llevará a través de su pluma hasta la árida superficie de Sarto,

EL PLANETA DE NADIE

que próximamente pondrá a su alcance la Colección

Luchadores del Espacio

TIP. ARTÍSTICA. Precio: **6** pesetas.

Distr. en Argentina por FOLIA. Maipú, 924. Bs. As. $ 10 m./n.